

Imagen de tapa

El reflejo de la luna

Jeffrey Orozco Barrantes

Colección
Cuentos



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Diseño de cubierta: Daniela Ferrán
Diagramación de interiores: Julieta L. Mariatti

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2011
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

La clínica del amor	6
El reflejo de la luna	11
Caminata sin fin	16
Amor de peluche	19
Heme aquí	23
Espejos distorsionados	26
Volver a mí	30
Aroma luminoso	34
Un llamado de confusión	37
Todo en su lugar	40
El vuelo del águila	43
Libertad	46
Cuestión de ritmos	49
Avances paulatinos	52
Pasiones desfiguradas	55

De nuevo a casa	59
Pequeño en el tiempo	61
Sobre las flores blancas	63
Cercanía	65
Dejarte	73
Espacios en blanco	75
De nuevo, el baúl	76
El desahogo	79
Pensar desnudo	82
Sin temores	85
Acerca de la autora	88
Editorial LibrosEnRed	89

*A mis padres, por el ejemplo que han significado
en cada etapa de la vida, por la inspiración para
seguir adelante con esfuerzo y buen humor.*

LA CLÍNICA DEL AMOR

Era rubia, casi joven, pero impregnada de esa melancolía que solo los años logran inculcar. Entró de la forma más natural que pude observar en la mayoría de mis "clientes". Y es que yo, sentado justo frente a la única puerta de acceso a mi pequeña oficina, iniciaba mi trabajo aun antes de que me contrataran, explorando los gestos de quienes se atrevían a cruzar esa puerta de esperanzas. Ella se movía despacio, pero dejando ver en cada movimiento su indiferencia. Emanaba de su mirada cierta expresión de desprecio, quizás más bien de asco. Su vestimenta era evidente, y ese maquillaje, con olor a noche de insomnio, decía todo sobre su oficio, ocultando eso sí, hasta el más mínimo detalle sobre su personalidad.

–Disculpe, usted, pero estoy increíblemente cansada, y si paso por aquí es porque desde hace días que siento curiosidad, ¡y ya! Y no voy a estar más de lo necesario, así es que dígame así nomás cuánto cobra usted por contarle a uno qué debe y qué no debe hacer, y por llenarlo de esperanza por lo menos hasta que uno junte plata otra vez y venga a darse otra vuelta.

Jamás había tenido una apertura tan violenta, por lo que, inicialmente, solo sonreí y la invité a sentarse. Luego, cuando pude estructurar alguna respuesta, me dirigí a ella de la forma más simple que pude, tratando de generar el espacio de confianza indispensable para profundizar en el trabajo.

–¿No le parece que si tiene esa idea de lo que puedo hacer por usted es poco espacio el que deja para que en realidad se haga algo?

–Perdón, perdón, pero me siento fatal.

–Un cafecito.

Apenas asintió, pero las lágrimas ahogadas le quebraron la voz. Me miró a los ojos y me dejó completamente desarmado. Su voz salía de muy adentro, y sus frases absorbían todo el dolor, para dejarlo suelto con el tono pausado y la mirada hacia el suelo.

–Preferiría que usted fuera el cliente, así yo solo tendría que cobrar de entrada, esa es la regla, y fingir pasión. Le ayudaría a quitarse la ropa, malditos sean los que llevan fajas de amarrar o calzoncillos de broches, y le

besaría, si es que usted lo permite, luego me dejaría tomar, fingiendo estar ahí, aunque mi mente se haya alejado a pensar en cosas bonitas que me ayuden a no vomitar. ¿Sabe en lo que pienso cuando están dentro de mí?, ¿qué diablos le puede importar? Es más, tome este billete, eso lo obligará a escuchar... Solo siento desprecio; antes sentía lástima por los pobres estúpidos que llegaban a mí para disfrazar las penas y engañarlas en este asqueroso juego de amor; ahora siento desprecio porque me obligan a darles mi cuerpo, solo por malditos billetes que apenas me alcanzan para el licor y los cigarros necesarios para distraer la conciencia de la cochinidad de persona en la que uno se llega a convertir. ¿Quiere ver algo?

Se desnudó casi completamente, dejando que sus pechos saltaran por el sostén.

–Son míos, antes me sentía orgullosa de ellos, caminaba bien recta para que resaltaran bastante. Pero ya ve, ahora están aguados, caídos, y han recibido tanta saliva de desconocidos, que ya ni siquiera huelen a mí. Toque, toque, por favor; ¿siente eso? Es pura flojera. Vea este pezón, está estirado, algunos brutos hasta me lo muerden, y yo tengo que dejarlos para que regresen, para que unos días después me traigan más billetes. No es justo, yo me meto a la cama muchas veces al día, bueno, en la noche, y nunca puedo sentir nada más que cosas horribles...

Un largo silencio me hizo sentir que debía empezar mi trabajo, pero también me llenó de dudas. Sentí gran inseguridad, poco potencial para cumplir la meta que me había puesto. Deseaba seguir escuchando, asomarme a mi pasado y a mis esperanzas para extraer algún conocimiento. Por suerte, ella siguió su relato, decidida a no guardarse nada que la pudiera dañar.

–Anoche, anoche me acosté con ocho. Era una fiesta. Tuve que aceptar solo porque ya era tarde y no había hecho ni un cinco. Me fui con dos tipos agazapados que por lo menos no me mintieron. Solo puse una condición, que les hacía el “strip”, pero que si alguno me tocaba, lo rajaba con mi puñal (y me lo dejé en un cordoncito amarrado a la cintura); luego, los que quisieran que fueran al cuarto, pero de uno por uno... Todos los cabrones fueron y me usaron como les dio la gana... ¡Qué estupidez! Mis compañeras dirían que fue una buena noche, y para mí fue la peor de mi vida.

Cuando comencé con esto no tenía idea de dónde llegaría. Tomé la oficina más barata que pude encontrar en ese bulevar de los desesperados, tratando de que mis ahorros no se desperdiciaran en el gasto superfluo de crear condiciones físicas extravagantes. Tuve muchas dudas, no sabía cómo empezar, pero algo dentro de mí me empujaba con violencia, como obligándome a retomar todos los proyectos que anteriormente había

abortado, y que alguna vez se me presentaron como sueños, otras como ilusiones, y las más, como simples majaderías de mi mente quisquillosa.

–La tomo. ¿Cuánto dice que cuesta?

–En realidad no he tenido plena convicción de alquilarla de nuevo, hasta repararla adecuadamente, pero si no es para usted necesario, puede tomarla por cinco mil.

Tuve dudas sobre el tipo de decoración, pero en ese asunto me dejé llevar también por mis impulsos. Compré algunas pinturas baratas y una pequeña pizarra, y en la puerta colgué el rotulito que yo mismo elaboré.

“Mi proyecto”, pensé y, en verdad, me sentí orgulloso, aunque con alguna preocupación sobre si existirían clientes dispuestos a pagar. Eso era lo peor: estar convencido nada más que de la necesidad de muchas personas, de esas que uno se topa en cualquier acera, de sentarse un rato a pensar sobre sí mismas, guiadas por la mano suave que yo pretendía ser.

Es definitivo, cuando las personas están vacías y faltas de cariño, caen en un círculo destructivo que las lleva cada vez más a perder la autoestima, y eso se convierte en el principal impedimento para salir de ese sótano de sinsabores. Lo que necesitan entonces es poder fortalecer su autoestima, de forma que se sientan merecedoras de algún cariño, aunque esté desperdigado por el mundo y haya que salir a rastrearlo. “Yo voy a poner esa oficina de rastreo y autoestima, pero basándome en el concepto del amor”, me dije.

Con Madam, como tuvo a bien que la llamase aquella mujer de maquillaje desordenado, terminé convenciéndome de que mi proyecto inicial debía ser evaluado con gran rigurosidad. No era yo psicólogo de profesión como para adentrarme en un tratamiento clínico, ni tenía más armas que un pasado lleno de vacíos de ternura y muchas horas pensando en la filosofía de la vida, sobre todo en los aspectos necesarios para crear satisfacciones duraderas aun con estímulos limitados. Así es que mi única fortaleza era la capacidad de escuchar y la de detectar en mis consejos, por supuesto antes de emitirlos, todo lo que los impregnara de sabor a mierda y de un ritmo positivista imposible de asimilar en la vida real.

–¿Madam? Bueno, suena bien ¿De dónde lo tomaste?

Le hablé de la forma más jocosa posible, obedeciéndole a mi convicción de que no es conveniente abalanzarse sobre el tema principal, sobre todo cuando este es el que ha venido deteriorando la personalidad y toda la capacidad de autoestima.

–¡Ah, doctorcito! Digo, si lo puedo llamar así. Eso no tiene ninguna importancia. Como le dije Madam, pude haberle dicho cualquier mierda,

y eso no cambiaría la cochinada que siento por dentro. Por favor, empiece ya...

–Disculpe, linda –interrumpí–, eso es lo que trataba de hacer. Pero en mi trabajo la cosa no es tan a la brava: hay que crear un bonito ambiente para que nos sintamos tranquilos y así podamos entrarle con soluciones reales a los problemas suyos. Si yo le dijera a rajatabla lo que pienso, sería solo mi opinión y, ¿sabe qué?, eso sí que es pura mierda, como usted dice. Mi trabajo no es el de ofrecer recetas que me he aprendido de memoria. Para esa gracia simplemente se las daría a leer. El secreto está en saber llevar a las personas hacia un ritmo de pensamiento absolutamente limpio, y dejarlas que se relajen para entender lo que sienten...

–No se complique tanto, mi doctorcito, a mí lo que menos me interesa es entender... Entre más entiendo, más lejos veo la posibilidad de cambiar... Me conformo con que me haga sentir bien un rato, aunque mañana me sienta que me lleva puta otra vez. Además, eso de entender es para los que tienen tiempo de pensar; yo apenas si tengo cabeza para no olvidar los calzones en casa ajena... Y dígame de una vez si me va a hacer algo, y si no, cóbreme ya, y me largo así nomás.

Me dejó completamente desarmado, pues comprendí que en una situación como esta, mi ajado discurso de racionalizar la emotividad para darle un rumbo escogido era en sí mismo más hediondo que cualquier otra cosa. Por eso me dejé llevar por el instinto y, sin pronunciar palabra alguna, tomé sus manos alargadas y dejé que las mías se deslizaran despacio sobre ellas. Madam se relajó y, ante la ternura que le ofrecí, reaccionó con una ternura mucho mayor. Me abrazó con fuerza, y sobre mi hombro, dejó los residuos de su maquillaje suavizado por las lágrimas de dolor. Lloró largo rato sin pronunciar palabra alguna y, cuando estuvo tranquila, se incorporó despacio y se dirigió a la puerta. Ahí se detuvo un rato y, con gran convicción, dijo algo que nunca olvidaré:

–Gracias, doctorcito... En el fondo sabía que no me decepcionaría, y ahora me voy tranquila. Su trabajo es mucho más difícil que el mío porque yo solo tengo que dar mi cuerpo, que de todas formas ahí está, y mucho más difícil que el del cura de la iglesia porque él solo da palabras y regaños sin ponerse a pensar que cada quien es diferente. Usted, en cambio, se va hasta donde uno está y, como sabiendo lo que uno necesita en realidad, no se pone a decir estupideces para hacerlo sentir mejor, sino que lo hace comprender que ese dolor tiene algún gustito especial...

Cuando salió Madam, no tuve más que cerrar la oficina y, llevado por mis cavilaciones, me convertí en uno más de los que recorren una y mil veces el

bulevar, como buscando alguna mirada de aliento que se pueda percibir. Entonces, a lo lejos, noté el rótulo desteñado de mi clínica del amor, y corrí hasta ella a esperar al próximo cliente, sabiendo que el trabajo no es tan difícil como decía Madam, pues solo tengo que dar algo que de todas formas está ahí, y que no es más que una excusa para aliviar mi propia soledad.

EL REFLEJO DE LA LUNA

Al decir dos palabras titubeó. El agua salada seguía amontonándose en olas indiferentes, mientras que las nubes se acercaban con lentitud. Ella cerró primero su ojo derecho y, una fracción de segundo después, cerró el izquierdo. Tragó fuerte repitiendo una leve contracción de su garganta. Su cara generó una mueca casi grotesca, mientras en su estómago brotaban gemidos indescifrables. Su mente dejaba espacios transparentes a pensamientos entrecortados.

Te abrazaría si estuvieras a mi lado. Te lo diría tratando de ordenar mis palabras como si quisiera grabarlas en tu conciencia como una verdad irrefutable.

Lo miró con detenimiento. Él estaba en calma, pero su sensibilidad parecía agitarse sin control, mientras que en la mente los pensamientos y las palabras se mezclaban apresuradamente.

Atrapa mi pelota... es frágil y quizás es única.

–No estoy segura de poder hacerlo.

¿Qué ave se interpone?

–No sé si lo quiero realmente.

–Tal vez no estoy preparada para empezar de nuevo... tal vez...

Las nubes seguían acercándose al suelo arenoso, y ellos parecían hundirse en esas motas blanquecinas.

–Eres raro.

Si hablaras más, no serías de mi agrado.

–Hablas poco, pero te comunicas.

Es claro que en mucho te expresas con esos grandes ojos y tu sonrisa ingenua.

–Bésame los labios..., muchas veces..., suave y tiernamente como sabes hacerlo.

Las nubes se teñían de la leve oscuridad de la noche. Ambos cuerpos se cubrieron de gotas cristalinas que surgían desde la piel.

–Bésame de nuevo y bebe como antes de mis pechos.

Quisiera yo beber de los tuyos, pero cuando pruebo se acrecienta mi sed. Quisiera seguir bebiendo sin saciarme jamás.

–Eres raro. No tengo forma de describirte. Me gustas y siento como si te conociera desde siempre.

Creo quererlo... Sí, lo quiero, lo quiero de una manera especial. Ni siquiera lo deseo para mí. Me agrada la convicción de que no puedo retenerlo.

–Nos volveremos a encontrar. No sé por qué estoy tan convencida.

Tú seguirás como ahora y yo me esforzaré por ser como tú.

–Probablemente, sea como ahora.

Nos veremos, y yo, sin conocerte, te daré toda mi confianza.

–Pasará mucho tiempo sin saber de ti, pero te tendré siempre presente.

Eres bueno, y eso me ha impactado más de lo que hubiese querido. No me explico por qué. Ni siquiera lo haces para conquistarme.

El hombre habló pausadamente.

–Realmente, me gustaría que me creyeras. Yo no sé jugar y no sé de dónde me viene la convicción de que tú tampoco lo sabes.

Si me dejase llevar por lo que se ve desde arriba, no vería más en ti que las cualidades de un don Juan refinado.

–Y esa sonrisa tuya, sí, esa. Precisamente esa que en este momento tienes enterrada en las mejillas... Parece irónica, pero no lo es... En realidad, es muy pura y manifiesta algún tipo de santidad.

La sonrisa de un niño no irradia tal pureza.

–Te quiero... –dijo ella.

–Yo también te quiero.

–Prefiero que no lo digas. No estás obligado a decirlo.

Sé que me quiere. Ha de ser feliz. Jamás mentiría y menos en estas circunstancias. Sus ojos no saben mentir..., me gritan que me quiere..., pero igual lograría querer a quien fuese. Eso no me molesta. Lo admiro.

–Pero es verdad –insistió la voz masculina–. Tú me gustas. Eres más profunda y bella de lo que quieres aceptar.

–No, realmente no.

–Sabes que sí.

Me gustaría que fuese cierto, pero en verdad no lo es.

–No..., yo soy mala.

Se quitó de encima de él y se sentó en la arena. Sintió de nuevo esas contracciones dolorosas en su garganta y no pudo evitar la inundación de sus ojos. Él se acercó para acariciarla en la cabeza y la espalda. Posó suavemente los labios sobre el hombro desnudo. Siguió acariciándola mientras ella lloraba en silencio.

–Eres bella, una niña tierna –afirmó con convicción.

–¿Por qué lo dices? No me conoces. Dos días es poco tiempo para saber quién soy.

Para ti no lo es. Eres sobrenatural... Sé que puedes mirar a través de mis ojos y descubrir ahí todos mis secretos.

–Lo digo porque así lo siento. Sé mirar. Sé que eres linda y buena. Has caminado y quizás no avanzaste lo suficiente. Pero te moviste en la dirección correcta. Distes uno o mil pasos y ahora estás más cerca de tu más profundo potencial.

Me hace sentir muy bien. Llora porque me siento bien. Quisiera abrazarlo mucho más fuerte, pero mis brazos no lo permiten.

–Ven, abrázame... –dijo ella de nuevo, dejando apenas que su voz se escuchase.

Se estrecharon nuevamente. Parte del jugo salado de sus ojos cayó sobre la espalda masculina. Él siguió acariciando la cabellera incansablemente. La nube se alejó dejando un cielo despejado y oscuro. La silueta de la luna ya se adivinaba en las alturas.

–No merezco estar junto a ti –afirmó ella otra vez.

Me gustaría tenerlo, estrujarlo infinitamente contra mí y absorber su belleza. Me gustaría amarrarlo con este nudo que tengo en la garganta. Pero no lo haré. Él seguirá su camino, esparciendo libertad. Espero que nunca se equivoque.

–Mira el cielo –dijo la voz masculina–, es hermoso. Arriba está una parte nuestra. ¿Has visto como la luna se refleja en el agua empozada? La imagen se forma en el centro, como flotando. No se forma ni en la superficie ni en el fondo. Asimismo, se refleja en nosotros esa parte nuestra que está en el cielo. Está cerca del fondo y por eso sigue siendo limpia. Pero también está cerca de la superficie, y por eso parece deformarse con facilidad. Pero no se deforma. Si la ves desde adentro, no se deforma.

Se miraron fijamente. Ella sonrió mientras limpiaba las lágrimas en sus mejillas. Él la observaba profundamente, pero con suavidad.

–Trata de mirarte desde adentro –insistió él–. Si te miras desde las circunstancias, sentirás como si el agua hubiese sido agitada, y eso te hará sentir horrible.

Ella sonrió de nuevo.

–Es hora de regresar.

Me quedaría para siempre escuchando las olas y permitiendo que su corazón baile junto al mío.

–¿Por qué lo llamas “regresar”? –preguntó el hombre con ternura–. Si de veras logras mirar como en el agua calma, no estarás regresando: estarás descubriendo que lo que creías conocer se te hace extraño... extraño, pero más bello...

–Algún día lo aprenderé.

–Apréndelo hoy.

Ya aprendí suficiente por hoy. Aprendí a respirar aire puro y a llevarlo por mis venas dejándolo correr.

–No es tan fácil para mí –dijo ella–, pero ayuda mucho el haberte conocido. Te recordaré cuando necesite sentirme mejor.

Es raro, pronto partirá y me dejará, tal vez ni me recuerde, pero siempre lo tendré presente. Siempre sabré que no hubo error en permitirme amarlo. Me dolerá al principio, y su recuerdo me llenará de nostalgia. Pero no me arrepiento. No siento haber pecado. Sus caricias y sus besos son de una pureza auténtica. Mañana, al regresar a casa, mis hijos me recibirán alegres. Alberto también estará entusiasmado y no sospechará. Sentirá que regreso más grande y limpia. Si pudiese explicarle, él no se sentiría traicionado. En realidad, no lo traicioné, no le fui infiel. Mi corazón estuvo siempre junto al suyo, aunque por momentos creí que se habían distanciado. Lo amo, ahora descubro que lo amo más de lo que yo sabía. Los niños tal vez no sientan el cambio. Pero yo sí que lo siento. Yo sé que estoy cambiando, aunque desde fuera todo parezca igual. Ellos imaginarán que estas vacaciones aliviaron mi angustia y mi cansancio. Lo que en realidad sucedió es que descubrí algo hermoso en mí, en la vida en general. Me había estado cansando, se había estado muriendo mi naturalidad...

–Me gusta que estés mejor. Me siento satisfecho. Ya ves, tu vida no estaba tan mal como creías. No sos mala. Lo que pasa es que te cansabas de succionar sin extraer lo suficiente. Ahora has reencontrado la forma eficaz de succionar. Mañana encontrarás a los tuyos tan bellos como en realidad lo son.

–Sí, lo sé..., gracias.

–No debes agradecerme a mí, sino al reflejo que está flotando en ti...

Se miraron una vez más. Ella lo besó despacio. Fue un beso corto y tierno. Él lo recibió y devolvió uno similar. Ambos sonreían. Habían empezado a despedirse, pero simultáneamente empezaron a encontrar lo más remoto de la esencia compartida.

CAMINATA SIN FIN

Me acerco a ti, pero descubro que a cada paso te me haces más lejana. ¿Quién eres? ¿Por qué algo superior al destino condujo tus pasos hasta mi ámbito de acción? Han pasado muchos años desde que mi espíritu se acostumbró a un ritmo de vida que apenas podría catalogarse de "susurro". He sido un simple transcurrir: una sumatoria de días planos, con emociones escondidas y un mínimo aliento, apenas suficiente para no decaer.

Y, de pronto, tus pasos brotan a mi alrededor, como para romper algún tipo de hermetismo del que no me supe librar. Había luz, sí, pero no me pertenecía. Había un sutil olor a vida, pero no lograba contagiarme. Solo tenía energías para sentirme aludido, para reflexionar esporádicamente sobre la necesidad de impregnarme de algo más. Era una forma de vida casi abstracta, como si sucediera en mi cuerpo, pero estando sentado frente a él, asumiéndolo como una pantalla de una película ajena, en la que no era capaz de concentrar la imaginación. Un día venía cargado de los rasgos fundamentales del día anterior. Una noche era distinta a la anterior apenas en el clima, en el ruido externo, pero no en las sensaciones que despertaba en mí. Me agoté de tanto esperar, de tanto reprimir algún tipo de necesidades prohibidas, pero naturales y sanas para mi frágil espiritualidad.

Y, repentinamente, surge la fragancia dulce de tu alma tierna, el espectro invisible de un arco iris interminable que se apodera de cada centímetro a mi alrededor. Eres tú, despistada también de tu propia espiritualidad, pero limpia aún de cualquier preocupación existencial. Me traes de vuelta algo que me hizo fuerte, algo que alimentó mi alma de alegría muchos años atrás. Por esas cosas del destino, tú eres una especie de recipiente de todo cuanto me ha de alimentar, pero como no lo sabes, no será fácil encaminar tu voluntad a que cumplas tan delicada misión. Sigues ahí, mostrándome que hay algo bello en el mundo, pero dejando claro que no lo obtendré con facilidad. ¿Cómo acercarme? ¿Cómo despertar una animosidad conducente a la liberación de lo que me ha de fortalecer? Ni siquiera soy capaz de imaginar la forma que habría de tomar una cotidianeidad contigo para extraer de esa relación el sustento vital.

He de confesar que, desde el inicio, me vi atraído con una voracidad irresistible. Necesitaba estar cerca de ti, inventar cualquier excusa pasajera

para permitirme un disimulado momento frente a la belleza indiscutible de tu rostro. Mi vida ha estado cargada de relaciones bellas, de compañías, a veces, pasajeras y, otras veces, relativamente estables. Normalmente, ha sido algo profundo, en el que se han abierto espacios para que mi pareja y yo pudiéramos entregarnos sin temor. Nunca tuve dificultad para abrir mi alma, para dejar que mis sensibilidades se canalizaran a la felicidad intensa del amor. Pero contigo es diferente. Me veo nuevamente como alguien inexperto, como alguien que apenas se habitúa al camino largo para descubrir lo realmente hermoso. ¿Cómo abordarte? ¿Cómo saber qué ritmo manejar?

Hace unos días aceptaste un café. Conversamos por largos minutos, y estuve seguro de que empecé a recorrer el camino hacia ti. Tú ni siquiera lo percibiste, pero para mí fue el anuncio de que es posible renacer. Días después, almorzamos juntos. Ahí descubrí que la relación con tu novio es más sólida de lo que yo pudiese imaginar. Sencillamente, lo asumí como lo que es: necesito que seas feliz para que el sustento que cargas para mí no se llegue a marchitar.

Por primera vez en mi recorrido por esta vida de emociones, alguien a quien me acerco parece no necesitar nada adicional. No requieres de nada de lo que yo pudiese aportar. Tienes la ternura que deseas. Tienes los espacios para conversar, para gozar, para reír, y en el brillo de tus ojos se hace manifiesto que te sabes entregar, que tu cuerpo se despierta a la sensualidad sin ningún esfuerzo, y que logras compenetrarte en la melodía rítmica del placer sin inhibiciones. Ni siquiera en eso podría darte algo que no conozcas. Muchas jóvenes de tu edad han experimentado el sexo en múltiples ocasiones, pero rara vez han alcanzado la plenitud. Muchas se conforman con el placer de lo prohibido, pero no han descubierto la contundencia de un orgasmo o la plenitud de un abrazo tierno y sincero después del acto sublime del amor. Han sido acariciadas y penetradas, pero nunca poseídas simultáneamente en la magia fuerte de la ternura acompañada de la energía incontenible de la pasión. Pero tú ya lo has vivido, así que no podré premiarte con tan apreciado placer. ¿Que podré ofrecer entonces? ¿Qué es lo que hará que tus emociones se dirijan hacia mí?

Con la conversación de la semana anterior ha quedado claro que la vía no será la de una relación normal. Me queda claro no porque lo mencionaras explícitamente, sino porque lo deduje de tu sentir. Habré de descubrir algo novedoso que aún ni levemente se dibuja en mi pensar. Mis ideas están estancadas en los modelos de lo que antes viví. Pero ninguno de esos funcionará. Tampoco podré esperar algún esfuerzo de tu parte porque, para ti, yo podría pasar fácilmente a la indiferencia total sin que ni siquiera

lo percibieras. No tengo nada para ofrecer y me cargo de una inseguridad inmanejable cuando pienso en solicitar algo que guardas para mí. De eso estoy seguro: lo guardas exclusivamente para mí, pero no hay capacidad en mi imaginación para dibujar la ruta en la que lo he de obtener.

Me preguntaste anoche por qué me alejé por tantos días. No fui capaz de explicarte toda la verdad. No me sentí con la confianza para expresar cada detalle. Solamente manifesté lo circunstancial. "He estado saliendo con alguien", dije y, repentinamente, tuve la leve sensación de que el brillo de tus ojos se desdibujaba por una fracción de segundo. Ya había empezado el relato, así que lo continué sin mayor profundidad. "Es una joven bella, que de repente me deja redescubrir toda la ternura que se había marchitado en mí. Le he dedicado todo el espacio libre de mi apretada agenda, y siento que es una inversión que ambos hemos empezado a capitalizar".

No pude agregar ni una sola palabra más. Me alejé amparado en cualquier excusa accidental y me refugié debilitado en la soledad bulliciosa de mi oficina. No pude agregar que, al amarla, te amo a ti; que al acariciar su cuerpo, mis manos se deslizan con delicadeza sobre tu piel perfecta, encontrando cada uno de tus rincones de placer. No pude contarte que, al percibir su olor, en realidad estoy respirándote, recorriendo con mi nariz tu ombligo firme de arriba hacia abajo y en todas direcciones, para percibir el olor de tu fuente de vida; respirando muy de cerca el rincón jugoso de tu feminidad, hasta percibirlo como la fruta húmeda de todas las emociones. Tampoco pude ni siquiera insinuar que, al navegar excitado y lleno de ternura y virilidad en la tibia profundidad de sus entrañas, es a tu cuerpo firme a quien tengo entre mis brazos. ¿Cómo podría confesarte que no fui capaz de imaginar alguna relación conjunta, alguna forma de tenerte cerca sin que fueras mía?

Quizás renuncié muy anticipadamente, pero eso tiene una explicación. Asumí que, más que un amor platónico, representas algo mucho más cargado de grandeza para mí: cada paso con el que me acerco me confiesa que no llegaré hasta ti. Cada vez que me aproximo al amor platónico que quise hacer realidad, me convengo de que algo aún superior emerge y deja una huella imposible de opacar. Seguirás ahí, trasladándome en pequeñas dosis el alimento dulce de la plenitud, sin que llegues a sospechar que cada gesto de tu rostro es capturado en forma pura por mi emotividad; que cada roce accidental con tu piel se transfigura en un racimo ordenado de energías blandas, y que cada rasgo de tu aroma, alimenta la ternura renovada del camino maravilloso que ahora quiero transitar.

AMOR DE PELUCHE

No basta con que apure el paso. De todas formas, llegará unos cuantos minutos tarde. Faltan varias cuadras por recorrer y, con la densidad del tránsito, parece como si faltase una eternidad. Le sudan las manos porque de alguna forma intuye que el recibimiento no será de lo mejor. Su mente ha interiorizado que la falta es grave, a pesar de tratarse de un simple atraso que fue imposible evitar. De fondo, hay algún asunto más que no descifra, sencillamente porque su mente no se ha detenido a discernir. Algo anda mal en esa relación, pero él se niega a dejar explícitas las razones. Ha sido de buena voluntad que se desvió unas cuadras. No imaginó la densidad horrorosa de esa masa vehicular. Quería generar ese pequeño detalle porque imaginaba una sonrisa resplandeciente y un abrazo intenso y contagioso.

Pero las cosas salieron mal. Inexplicablemente, olvidó conectar su celular, así que la batería entró en agonía desde el inicio de la tarde y terminó expirando justo cuando quería poner el mensaje de explicación. Luego, esa estresante falta de espacios para estacionar, esos breves minutos que necesitaba para comprar el ramo sorpresa. Caminar dos cuadras no era tanto, si no hubiese empezado la lluvia torrencial. Así que, con rosas en mano, no podía volver sin hacer un rodeo por la cuadra con más techos. Quince minutos tarde; eso cuando arrancó el vehículo y sin contar con el torrente de motores obstaculizando hasta la respiración. Su gesto espontáneo lo estaba llevando a una angustia inmanejable. Mojado como estaba, parecía natural volver a cambiarse la camisa, pero eso hubiese sido aterrador. Mejor tarde y mojado, que seco pero nunca. Así que siguió en medio del atascamiento, hasta que por fin llegó al semáforo culpable de tantísimos atrasos. De ahí, faltaría solo esa cuadra final, despejada ya porque el nudo de carros multicolores doblaba en la otra dirección.

El timbre se escuchaba débil desde afuera pero, en el centro de la sala, vibraba como silbido desafinado. Dos veces más presionó el pequeño botón, pero nadie aparecía. Por fin, se escuchó el llavín que se movía despacio. Las rosas en su mano lucían maravillosas, como bebiendo sedientas las gotas de lluvia que se deslizaban por cada pétalo. Sonrió con sinceridad porque su alma se alegró al percibir el perfume detrás de la puerta, que aún

no terminaba de abrirse. Su estómago pareció desprenderse, arrastrado por el mariposario desordenado que se alborotaba en sus entrañas. La sensación de bienestar era inexplicable, estupenda. Soñaba con que la puerta se trabase un poco más, para seguir imaginando la sonrisa suave y la mirada profunda. Pero, repentinamente, la puerta terminó de abrirse. No hubo sonrisa, aunque sí una mirada profunda, solo que en lugar de abrir los rincones de ternura, más bien se insertó hiriente por las pupilas desprevenidas. Las rosas no cambiaron de manos porque la mano femenina se posó en su propio reloj, resaltando que las agujas estaban más allá de las rayitas acordadas. Reclamos sin palabras, pero ensordecedores. Y un instante que parecía prolongarse infinitamente en el tiempo, en el que no sucedía nada más. Una misma circunstancia, vivida de dos formas diametralmente opuestas; cada una reflejando alguna frustración, aunque de distinta naturaleza. Para ella, esa insatisfacción de sentirse traicionada, de no obtener todo lo que le habían prometido sus propias expectativas; frustración por no conseguir las respuestas que su propia mente había puesto como parámetro; de verse inmersa en una relación que no le brindaba los escudos necesarios para destripar sus propios temores. Él, con la frustración de no sentirse aceptado, de saber que no se valoraban todos sus esfuerzos porque su novia se centraba en nimiedades que para él no tenían ninguna relevancia. Dos tipos de frustraciones alimentadas por una desconexión entre las expectativas de ambos.

El alma de un hombre tiene muchísimos aposentos. En algunos de esos espacios, solo hay rincones esporádicos que albergan por segundos sentimientos más bien cotidianos. En otros, van quedando sensaciones que, aunque nunca más se conviertan en vivencias, dejan huellas imborrables y profundas. Hay algunos recintos que quedan marcados por alguna sensación indeseable y que se cierran involuntariamente, como escondiendo la magnitud de algún desastre que luego se filtra en temores y complejos. ¿Qué puede pasar por la mente de un hombre bajo la lluvia con su mano extendida tratando de entregar un puñado de rosas que no encuentran una mano receptora? ¿Qué rincones del alma se activan y cuáles se estrujan para siempre? Es algo difícil de contestar en abstracto porque la respuesta depende de la fortaleza de cada quien y de la actitud para asumir las vivencias. Hay un puñado de asuntos, más allá de las circunstancias, que terminan por formar una personalidad que marca las respuestas. En el fondo lo que pesa es el concepto que de sí mismo se tenga: el grado de valoración de uno mismo y el nivel de autoaceptación. Una persona satisfecha consigo misma es capaz de discernir sobre lo que realmente tiene valor y está preparada para construir un escudo que impida que los asuntos irrelevantes terminen abriendo heridas en el alma.

La forma de asumir las circunstancias cambió en etapas. En un primer momento, el hombre dolido asumió como suya cualquier responsabilidad, y sencillamente bajó sus brazos como derrotado. No tuvo respuesta alguna, así que se quedó ahí de pie, con su mirada vacía, como esperando que su ser se activase de nuevo, movido por las acciones de la mujer frente a él. Ella, en su enojo, no veía nada más que las agujas del reloj que, impregnadas en la retina, ocultaban la ternura y el arrepentimiento de su pretendiente. Furia enceguedora, centrada en un punto perdido del tiempo, que ocultaba todo lo hermoso que pudiese ser aquella tarde noche aún por empezar. De repente, un torbellino de palabras brotaban desordenadas de la boca de ella, pero él no podía descifrarlas en su dolor. La misma frase redactada de mil formas diferentes, con un solo significado. ¿Para qué recalcar el enojo, cuando ya ha quedado manifiesta la disconformidad? Pero, luego, él tuvo la actitud para leer el significado de las circunstancias de una forma diferente.

Las rosas terminaron sobre la mesa sin haber cambiado de dueño. Él se adueñó de sí mismo unos segundos más tarde y, como pudo, logró adentrarse en el apartamento. Ella seguía su concierto de malestar, pero él seguía empeñado en reiniciar la noche con una nueva actitud. En algún momento, las cosas parecían volver a su lugar y, sin embargo, algo abismal generaba una barrera infranqueable entre ambos. Él pudo poner su oído en sintonía y escuchar las frases de rencor. Comprendió que, más allá de la llegada tardía, el reclamo se centraba en algo completamente diferente. La gasolina del malestar estaba emanando de lo que había sucedido unas seis horas antes, durante el almuerzo. Él, como muchos otros días, salió de su oficina camino al restaurante, buscando en los pasillos a colegas que fuesen en la misma dirección. Solamente Sofía se le unió. Ambos pidieron el plato del día, ese pescado acompañado de verduras y arroz, con una pequeña ensalada de lechuga. Lo comieron despacio, mientras disfrutaban una linda conversación. En algún momento, él contestó el celular y, de repente, se vio contando detalles de su conversación con Sofía. No le pareció tan extraño que le interrogasen de aquella forma pues, en todo caso, no tenía nada que ocultar. Así que, después de un rato, terminó la llamada y se reincorporó sin dificultad a la conversación anterior con Sofía. A ratos reían ambos a carcajadas, y por momentos se ponían reflexivos, como adivinando nuevos vericuetos de la conversación. Luego, caminaron de vuelta a las respectivas oficinas sin que nada extraordinario se manifestara. Era ese tipo de amistad entre iguales, que no va más allá de los espacios espontáneos que surgen sin ninguna planificación. Y, sin embargo, la novia, aún con el teléfono en la mano a pesar de que la llamada había terminado más de media hora antes, por alguna razón inexplicable, había asumido aquella amistad como una amenaza latente para su relación. Se indignaba por la confianza de su

novio para con otras mujeres pues, inconscientemente, asumía que todos los espacios habrían de ser para ella. Algo así como si fuese un caramelo que se gasta cuando alguien más lo saborea cuando, en realidad, era más bien como una planta, que florecía más bella y robusta, cuando otras manos le daban alimentación y cuidado. El amor de una pareja no se nutre solo de lo que comparten entre sí, sino de todas las vivencias sanas en cada una de las redes sociales que por separado les corresponde alimentar. Cuando la desconfianza aflora sin ninguna base, todo parece indicar que, más que amor, lo que hay de por medio es un apego antojadizo, lazos de dependencia que no permiten que el afecto auténtico logre florecer. Esa idea de que amar significa poseer se adueña de muchas relaciones y termina estropeando la espontaneidad y los rasgos más elocuentes de una sana personalidad.

Aquella noche, el hombre no tuvo ninguna intención de polemizar. Escuchó con paciencia, una y otra vez, las múltiples versiones que lo dejaban casi como si fuese un mujeriego empedernido aunque, en lo más sustancial de su conciencia, sabía que ese no era el caso. Al final, logró mirarla con cierta compasión y comprendió que lo peor que podría hacer era asumir culpas de un pecado que nunca cometió, pues hacerlo era validar la actitud enfermiza de esa dama de quien se había empezado a enamorar. Fueron pocas las palabras que logró pronunciar antes de despedirse prematuramente, y entre esas, solo algunas frases llegaron con fuerza a delinear un nuevo rincón en su alma tierna: "Mira", le dijo con suavidad, "deja de asumirme como un amor de peluche. Sí, como esa niña chineada que esconde su osito de felpa bajo su brazo, para que nadie pueda jugar con él, haciendo rabietas si alguien más siquiera se atreve a mirar. Hay algo que no está bien: esa forma tuya de querer sentirte segura a costa de manosear mi libertad de ser quien soy y de tener cualquier indicio de vida social. He aprendido antes que no soy yo quien debe asumir esa desconfianza tuya que surge de tu propia frustración. No puedo cargar con tus actitudes aprendidas y absorbentes porque yo lo que realmente quiero construir es un amor de brazos abiertos, en el que cada uno pueda crecer. No está bien que yo tenga que achicarme para caber bajo tu brazo, como el osito de peluche que no tiene su propia voluntad". Se despidió con un abrazo que no tuvo receptora y caminó despacio hacia su auto, sintiéndose libre de un peso que no estaba dispuesto a sostener.

HEME AQUÍ

Lo que ella tenía de especial parecía saltar a la vista, aunque, a mi juicio, se quedaba precisamente en esas impresiones coloridas de su bien estructurada voluptuosidad. Simpatía, pues sí. Pero su sentido del humor se tornaba agrisado en momentos en que la superficialidad del colectivo desaparecía, dejándola en compañías individualizadas que la enfrentaban con algún tipo de cuestionamiento existencial. Sus comentarios agudos solían ser nefastos, bordeando el terreno de los chismes o de las críticas destructivas, pero sus palabras se cargaban, por lo general, de algún tono gracioso, como si de cada frase se pudiera extraer el sinsentido necesario para provocar carcajadas desproporcionadas. Hay que reconocer, también, que su buen ritmo se mezclaba con energías interminables, por lo que un baile significaba una fiesta total.

Mis sentimientos hacia ella eran entonces sencillamente ambivalentes. Me divertía sin restricciones en los momentos de alegría, pero me causaba un rechazo intolerable cuando las circunstancias demandaban alguna seriedad. En medio de tanta ambigüedad, surgía esporádicamente una atracción incontenible. En mi caso se convertía en una atracción más allá de lo puramente físico. Era algún tipo de imán de los deseos que iniciaba con algún roce accidental del baile desenfrenado. Justo después del roce, ella me abordaba con una mirada irresistible que me dejaba sin protección. Pero ella misma quedaba al descubierto porque su actitud cambiaba respecto a mis otros amigos y amigas en el grupo, concentrándose sin saberlo en una atención especial a las demandas cada vez más explícitas de mi parte, aunque furtivas respecto a quienes nos rodeaban. Roces ya no tan accidentales se tornaban en aceleraciones involuntarias de la respiración. El juego de mensajes subliminales se transformaba, repentinamente, en un acuerdo tácito que nos llevaba hacia algún rincón escondido, donde los besos fuertes y las caricias nos llevaban al límite de la excitación. Y, sin embargo, las cosas nunca pasaban a más. Ambos sabíamos, aun sin hablar al respecto, que los resultados finales no serían del todo satisfactorios. El besuqueo atrevido terminaba, entonces, con una separación espontánea. Quedábamos agotados y sin humor para continuar la fiesta. Mi reacción era sencillamente la de alejarme, optando por una caminata silenciosa en la que no soportaba ni mi propia compañía. Ella elegía acelerar el ritmo

para tomar la cerveza de turno, mezclándola con vodka o con algo similar. Terminaba con una embriaguez odiosa, refugiándose en el escondite oscuro de la inconsciencia.

Así las cosas, lo racional hubiese sido que evitáramos ese tipo de aproximación. Pero decenas de veces caímos en la misma trampa, llegando invariablemente a ese estado de ánimo repulsivo que se mantenía más allá de lo deseable. Al final del verano, los amigos empezaron a desperdigarse. Los encuentros fueron cada vez más espaciados y con menos asistencia. En una de esas pequeñas fiestas de bar, nos encontramos nuevamente. Fue una confabulación de las circunstancias para dejarnos en una mesa uno junto al otro. Con diferentes excusas, los otros se despidieron uno a uno. Inicialmente, lo asumimos con naturalidad. Seguimos bromeando sin sentido, como si hubiésemos acordado no dejar espacio a temas engorrosos. Sin la aproximación del baile y sin el impulso de la embriaguez habitual, nos sentíamos como dos seres completamente extraños. No teníamos nada que decirnos, y las palabras sin sentido empezaron a escasear. Un momento crítico se nos vino encima cuando terminamos las cervezas respectivas. Debimos pedir la cuenta y despedirnos, pero ninguno tomó la decisión. Así que nos dejamos llevar por la inercia de los acontecimientos y por la amabilidad del mesero. La segunda cerveza llegó entonces, acompañada de un pequeño bocadillo. Algo similar sucedió con la tercera e, incluso, con la cuarta cerveza. Decidimos por fin salir de ahí. En mi mente solo estaba la idea de huir, pero mi amabilidad me llevó a ofrecerle un aventón hasta su apartamento. Quizás sin pensarlo me ofreció un café, y yo, sin pensarlo tampoco, no me pude negar. Por esas cosas de la vida, esa noche sus amigas no dormirían allí. Dejaron una nota vistosa sobre la mesa, anunciando un viaje inesperado. De nuevo solos, esta vez en un espacio más reducido y sin miradas de terceros. En lugar del café, tomamos una cerveza más. No logro recordar exactamente cómo pero, repentinamente, nos tomamos de la mano. Luego, las caricias se fueron calentando hasta convertirse en besos húmedos, más allá de la pasión. No debería quejarme. Fue un acto intenso de exploraciones despreocupadas. He de confesar que el olor de su desnudez expandía en mil medidas mi excitación. Pero desde el inicio algo andaba mal. Tratamos de disimularlo. Nos entregamos sin tapujos, pero nuestras mentes nunca estuvieron allí. Yo, ahora lo entiendo, estaba haciéndole el amor a alguien más. Mientras que ella, no me cabe duda, se estaba masturbando con mi intimidad.

No puedo recordar tampoco los detalles pintorescos de aquel desenlace insospechado. Solo recuerdo que, a media mañana, desperté sin

sobresaltos, y descubrí que su cuerpo desnudo continuaba junto a mí. Un sentimiento mezclado entre tristeza y dolor me invadió y, en mi cabeza perturbada, se dibujó una frase aislada que siempre viene a mi mente cuando me dejo llevar por algo que nunca debió ser: "A pesar de mí mismo, heme aquí".

ESPEJOS DISTORSIONADOS

Alfredo entró como robotizado a su casa y se entregó a un cansancio que lo dejaba sin expresiones en el rostro. Su día había sido especialmente agotador, no tanto por la cantidad de trabajo, sino por los múltiples conflictos que tuvo que atender. Eso de atender reuniones con clientes y de negociar con proveedores era un asunto cotidiano que manejaba con mucha destreza. Podía hacer proyecciones y cálculos acertados en fracciones de segundo. Daba seguimiento a los mercados tomando en cuenta algunos indicadores más bien básicos pero, sobre todo, confiando en su intuición. Su don de gente lo había ayudado por mucho tiempo a establecer relaciones comerciales duraderas, con muchos clientes satisfechos y con proveedores dispuestos a conceder algunos beneficios solo por seguir disfrutando de breves minutos con ese gerente excepcional. Aquel día, sin embargo, estuvo cargado de un ambiente sombrío, pues dos de sus más cercanos colaboradores se enfrascaron en un conflicto de difícil explicación. Atender lo irracional es algo que consume demasiadas energías. Entender los caprichos de uno y de otro es de por sí una tarea agotadora pero, además, tener la obligación de interceder para lograr alguna solución puede demandar destrezas que consumen no solo energía corporal, sino que absorben las reservas de paz en los recónditos rincones del alma. Enfrentarse a lo absurdo con una posición racional puede generar choques aun más contundentes, por eso se requiere un espacio de limpieza espiritual para obtener respuestas que, de alguna forma, se adapten a las demandas a veces contradictorias de cada una de las partes. En eso, Alfredo también era bueno, pero lo dejaba exhausto y con bajas energías atender semejantes conflictos.

Cerca de las seis y treinta, salió de su oficina, no porque hubiese terminado todas las tareas pendientes, sino porque comprendió que ya no podría resolver nada más. Hizo un repaso mental de lo que tendría que atender en algún rato durante el fin de semana y de lo que podría esperar hasta el lunes siguiente. Terminó de beber el vaso de agua que tenía sobre el escritorio y organizó, como todos los días, los papeles pendientes en distintas carpetas, incluyendo una azul que se llevaría consigo. Las llaves del carro estaban en la primera gaveta, y el movimiento para recuperarlas era más bien mecánico, como lo era también su costumbre de palpar ambos bolsillos frontales del

pantalón, repasando si llaves, billetera, celular y algunas monedas estaban ocupando el respectivo lugar.

Una vez en el auto, sintonizó su emisora preferida, que lo distraía del tráfico denso. Canturreaba a ratos y, en otros momentos, seguía el ritmo con un golpeteo suave de sus dedos en el volante. Había aprendido que la mejor estrategia para no estresarse en el camino era portarse amable, incluso con aquellos conductores que manejaban abusivos y desafiantes para ganar míseros segundos en una carrera que parecía sin final. Ya en la casa, estacionó el auto en su amplio garaje y caminó despacio hasta la puerta principal. Encontró la llave sin problemas y se dirigió mecánicamente a su escritorio a dejar el maletín, la computadora y algunos papeles y libros. Luego, fue a su dormitorio a deshacerse de corbata, saco, camisa, pantalón y zapatos, cambiándose por una vestimenta deportiva y cómoda, justo para propiciar esos momentos de relajación que tanto necesitaba. Sabía que en pocos minutos su esposa llegaría con las dos niñas, y que el ambiente sería de nuevo de mucha acción, así que se dispuso a disfrutar los breves minutos que le quedaban en esa soledad tan transitoria. Una copita de vino, unos bocadillos y un par de trocitos de ese queso exquisito que tanto le gustaba saborear. Estar en ese ambiente de paz le hizo recobrar muchas de las energías perdidas durante la tarde. Así que estaba contento y cariñoso cuando las tres mujeres de la casa llegaron ruidosas.

Las niñas eran explosivas y afectivas, así que corrieron bulliciosas y saltaron casi simultáneamente en un abrazo interminable. La esposa, sonriente, se aproximó después y también se dejó fundir en un abrazo intenso y tierno. Ambos sonreían satisfechos. En poco rato prepararon una cena rápida, pero deliciosa, y compartieron una entretenida conversación mientras cocinaban en conjunto. Todo parecía estupendo hasta que Gina encontró en el celular de su esposo un mensaje que le robó la tranquilidad: "Me gustó cómo manejaste el asunto, gracias por el abrazo". Ni siquiera preguntó nada. Simplemente, se dejó llevar por una sensación que le carcomía desde adentro. Sin ninguna explicación, su mente empezó a dibujar escenas de distinta naturaleza; todas ellas terminaban en un abrazo obscuro de Alfredo con alguna chica mucho menor que ella. Lo visualizaba besando con pasión y olfateando el cuello de la dama desconocida, dejándose llevar en un mar de caricias comprometedoras. Lo peor es que esa forma de fantasear le desataba inevitablemente una angustia terrible. Se visualizaba a sí misma fea y vieja, arrugada más allá de sus treinta y cinco años y abandonada a su propia suerte. No lo soportó por mucho tiempo. Salió de la habitación gritando descontrolada y se dirigió a su vehículo. Arrancó y, veloz, se perdió en las calles del vecindario. Alfredo no entendía nada. Vio el desorden que

había quedado en el cuarto, ropa por aquí y por allá, un par de adornos despedazados, y las niñas asustadas tratando de encontrar algún consuelo. No era la primera vez que una escena similar se repetía. Por alguna razón que él nunca logró entender, Gina entraba por temporadas en profundas depresiones, y su autoestima alcanzaba apenas para sobrevivir. Lo tenía todo: un buen trabajo, relaciones sociales satisfactorias, una familia envidiable, pero caía presa de un pánico horroroso, que se manifestaba sobre todo con su marido. Él intentaba por todos los medios no generar situaciones que desataran esos eventos desafortunados pero, por lo general, se iniciaban sin ninguna explicación. Esperó, como otras veces, el regreso de Gina. Sabía que una o dos horas más tarde regresaría, y entre llanto y enojos, daría alguna explicación. Así fue. Ya las niñas estaban dormidas cuando se escuchó el motor que avanzaba despacio.

–Eres un maldito –le dijo llorosa–. No pierdes oportunidad de conquistar a cualquiera que se te ponga en el camino.

–No entiendo por qué dices eso.

–No disimules, sabes que algo tienes con alguna chica, solo mira el mensaje en tu celular

–¿El celular? –preguntó él, tratando de recordar dónde lo había dejado.

Se fue a buscarlo al dormitorio y lo encontró debajo de alguna de la ropa tirada en el piso. Estaba aún abierto el mensaje, que leyó y releó muchas veces, tratando de encontrar el pecado. Claro, no entendía que las iniciales M.A., al final del mensaje desde un número desconocido, podrían asumirse como de una mujer. Mario Alexis, su director de operaciones, le había escrito agradeciendo el desenlace afortunado de su pleito con Juan Ramón, el director de producción. El abrazo era una forma de Alfredo de mostrar solidaridad y cercanía. Por más que releía el mensaje, no encontraba los signos de su supuesta infidelidad. Explicó eso a Gina, dejando clara la procedencia del mensaje y el porqué de este. Pero ella seguía ciega en su mundo de tragedias imaginarias. Esa "M" no podía ser más que de Mariana, o de alguna otra chica de piernas largas y pechos resaltados. Ese abrazo que ahí se mencionaba no podía ser más que de complicidad, y la situación resuelta no podía ser otra que la forma en que se liberaron de ser atrapados por algún allegado o, incluso, por el novio también celoso de esa misteriosa mujer. En su mente perturbada, todo parecía seguir un patrón enfermizo: asumir, magnificar, terminar de distorsionar la realidad para hacerla lo más hiriente y finalizar por verse a sí misma como un ser inaceptable. Vista desde afuera, parecía como si ella se metiera a una habitación de espejos distorsionados, en los que las imágenes ridiculizan la realidad. Ahí dentro,

los espejos, esas imágenes extrañas, se convertían en su propia realidad pero, al exportar ese mundo imaginario a la vida de sus seres queridos, todo se convertía en desastre, que cada quien sufría a su manera.

Alfredo dejó que el chaparrón pasara. Sumiso, se metió en la cama a llorar con lágrimas ausentes ese episodio, que le dolía no por él, sino por la realidad de su mujer. En su corazón entendía que habría que buscar ayuda profesional, pero era tal el grado de tristeza que su mente se atoraba en un sinfín de lamentos que nunca encontraban la luz. Al día siguiente, si todo estaba normal, sus múltiples ocupaciones lo distraerían de este episodio y disimularían un poco la crisis, aunque con eso solo aportaba a posponer una verdadera solución.

VOLVER A MÍ

Empezó a sentirse decaída sin motivo aparente. Las noches resultaban demasiado cortas porque su cuerpo seguía adormecido por muchas horas después de levantarse. Revisó mentalmente su dieta, su horario de ir a la cama, la cantidad de trabajo. En ese primer chequeo, no logró detectar cambios de relevancia. Descartó también cualquier enfermedad, ya que unos días antes se había practicado todo tipo de exámenes de laboratorio. Algo, sin embargo, le seguía robando energías y le hacía perder disposición para las tareas cotidianas. Como una decisión mecanicista, decidió comprar un complejo vitamínico. De poco sirvió porque, una semana después, continuaba sin ganas de moverse más de lo estrictamente necesario.

El encuentro con su novio tampoco le resultó especial. No lo llegó a extrañar durante la prolongada ausencia de más de seis semanas. Sentía, claro, un profundo cariño por él, pero su inconsciente se bloqueaba de forma imperceptible cuando se le aproximaba. Lo que estuviera sucediendo con su cuerpo habría entonces de estar relacionado con lo que sucedía con sus momentos de intimidad. Al amanecer del día domingo, se despertó agitada. Miró a su alrededor y, rápidamente, comprendió que amanecía sola de nuevo. Como de costumbre, su amado se había retirado en la madrugada. "Buen sexo", pensó ella, como tratando de hacer realidad lo que siempre soñó, pero estaba convencida de que seguro existía algo mucho mejor. Así que no dejó que su mente se mantuviera por más tiempo en esas preocupaciones. Semidesnuda, se levantó y caminó despacio hasta el baño. Hubiera preferido encontrar un rostro más vivaz en el espejo, pero era solamente el suyo que reclamaba más horas horizontales atizando la pereza.

La siguiente noche tuvo, también, uno de esos encuentros fugaces de sexualidad. Como muchas ocasiones, las cosas tuvieron que apresurarse mientras su compañera de cuarto desaparecía por algunas horas para permitir la diversión. "Buen sexo", pensó de nuevo, pero esta vez se llenó de melancolía. Un vacío intenso se apoderaba de ella cada vez que se sentía invadida porque, de alguna forma, sospechaba que su cuerpo era solo un recipiente de pasiones aceleradas, que no eran precisamente las suyas. Extrañaba los versos, para muchos cursis, que en su adolescencia

parafraseaba en papeles de colores. Añoraba, además, las caricias previas que en las novelas de amor había descubierto. Soñaba con muchos momentos posteriores al acto de intimidad, en los que se compartían bromas o comentarios en el marco de un sinfín de caricias lentas. Pero las cosas, normalmente, sucedían de forma acelerada, como si las circunstancias apremiaran contra una parsimonia anhelada. Ese tipo de encuentro con su pareja, dos o tres veces a la semana, le generaba un sentimiento ambiguo. Por una parte, lo sentía insuficiente, pues nunca lograba satisfacer todo lo que sus instintos demandaban pero, por otra parte, se le hacía excesivo, ya que sabía que la repetición de aquello no le generaría nada particularmente especial.

Las explicaciones sobre su decaimiento llegaron de forma indirecta. Accidentalmente, escuchó una de esas secciones de los noticieros en las que se habla de problemas de salud. Escuchó algo sobre la depresión en mujeres jóvenes, asociada con la insatisfacción en sus relaciones de pareja. No terminó de oír el programa porque, después de pocos minutos, lo vinculó con su propia situación. No se lo había cuestionado antes, sencillamente porque se sentía incómoda de enfrentar ese tipo de asuntos extraños. Ya bastante incomodidad le generaban los encuentros apresurados, como para ponerse a reflexionar sobre las repercusiones en su personalidad. Lo que estaba claro era que disfrutaba la sexualidad, en especial el hecho de sentirse excitada, pero eso lo lograba también sola, cuando dejaba su mente volar. En realidad, no conocía hasta la fecha el placer profundo del amor. Aprendió a entregar su cuerpo, pero su alma seguía virgen, aunque ella siempre pensó que su primer coito había sido el resultado de una verdadera conquista de su corazón. "Fue un acto de amor", pensó en aquel momento especial, pero ya desde la propia culminación de ese amor apresurado, empezó a dudar.

Comprender la relación entre una insatisfacción de pareja con su debilidad corporal y anímica no ayudó demasiado. Más bien sirvió para dejar en evidencia que el problema era mayor de lo que hubiese preferido aceptar. "Ahora comprendo que han pasado varios meses sin que lograra conocer el placer. Me he entregado sin recibir nada a cambio. O, tal vez, lo que he recibido no es suficiente para justificar la entrega de mi cuerpo...".

Sus pensamientos abrieron una herida a la que nunca antes había puesto atención. Era un problema de autoestima. Desde su primer encuentro furtivo, unos ocho meses atrás, sabía que algo andaba mal y solo tendía a empeorar cada vez que se desnudaba para recibir en sus entrañas una erección fugaz. "Dios mío, ¿qué he hecho mal?, ¿qué le falta a esto?", se preguntó en silencio. Una lágrima gruesa se deslizó por su rostro formando un pequeño

surco descontrolado. Se le unieron muchas más que, poco a poco, extendieron el estrecho camino de humedad y sal. Sus dedos ampliaron ese sendero de dolor, dibujando rutas ampliadas que llegaron hasta su cuello. Entonces, se desató un concierto suave de caricias imperceptibles. Supo que muchas de esas áreas nunca habían sido acariciadas. Repentinamente, comprendió que una gran parte de su cuerpo era virgen, que su sexualidad se había concentrado quizás en sus pechos y su zona genital. Había estado con su novio tantas veces, pero él aún no había hecho más que invadir la intimidad de una forma atropellada. Por accidentes del destino, descubrió el amor con uno de esos egocéntricos inexpertos que se jactan de su sabiduría sexual. Ella se entregó solo porque confundió la atracción con el verdadero amor y, ¿por qué no confesarlo? Por haber cedido paulatinamente a la presión de palabras engañosas y de caricias insistentes. Lo que no se explicaba era cómo continuó con aquel juego insatisfactorio. "Creo que mi dignidad se vio debilitada, y he venido buscándola de vuelta con quien la perdí... Pero es inútil, nunca ha estado ahí, no puedo encontrar dignidad justamente en quien me hace sentir utilizada...". Advirtió así que nunca había sido conquistada, que su corazón nunca había sido abierto y que, en los momentos en que su cuerpo fue tomado, su alma y sus pensamientos habían estado paseándose por lugares inexistentes.

Ese día lloró como nunca antes. Se permitió largas horas de soledad, acompañada, apenas, por sus lágrimas de dolor. Frente al espejo desató una batalla de sufrimiento. Su mente volvió al pasado, a esas escenas de la niñez que la llenaban de ternura; a los recuerdos de su madre peinándola, mientras con voz pausada relataba cientos de historias increíbles; a las escenas en que, como infante, se abrazaba a la pierna de su padre cuando estaba a punto de salir, y él la tomaba en sus brazos estrechándola con fuerza, para culminar con un sonoro beso en la frente. Recordó, también, el lengüeteo de su apreciada mascota, ese perrito debilucho que parecía necesitar a cada instante alguna caricia para sobrevivir. "Esa es la parte mía que ha estado muriendo... Esa crisis de ternura viene debilitando mi cuerpo y comiéndose mis ganas de vivir...".

La convicción de la causa de sus dolencias debió haberse conformado desde mucho antes. Ahora que la había interiorizado, sintió un poco de paz, pero sabía que se le haría muy complicado enfrentarla. Siguió mirándose al espejo. Con un cepillo oscuro recorrió cientos de veces su ondulada cabellera. Su cabeza se deleitaba ante las caricias de las cerdas redondeadas. Su mirada empezó a recargarse de una vivacidad alegre. "Aquí estoy, recuperando ese rasgo claro de mi niñez, ese sentimentalismo puro del que quise deshacerme para convertirme en mujer... ¿Cómo pude enterrar la ternura?, ¿cómo pude dejarme poseer con esa violencia estúpida de los instintos?".

La lección había sido asimilada. Solo faltaba el acto valiente de liberación. No debía ceder de nuevo ante la avalancha de palabras y promesas. No cedería como antes ante el temor de enfrentarse sin compañía a la vida, pues estaba segura que eso sería temporal. Casi instintivamente se dirigió a su librero. Tomó el álbum de pasta dura y repasó despacio cada una de las viejas fotografías. Reconoció en sus ojos de infancia eso que ahora anhelaba, esa ternura profunda que se satisfacía con pequeños gestos y muchos abrazos suaves. Por eso empacó con ligereza y tomó el primer vuelo a su ciudad natal. Dedicaría algunos días a su familia, en especial, a su abuela sabia y a sus sobrinos. Ahí estaba ese alimento ansiado que devolvería la salud a su cuerpo y el brillo inconfundible de la felicidad. Reaprendería de aquellos niños la simpleza y la transparencia, y de su abuela retomaría esa forma pausada de disfrutar hasta lo aparentemente insignificante. Y solo después, cuando hubiese recobrado lo mejor de sí misma, dejaría algún espacio para que alguien con el tacto indispensable pusiese su corazón a funcionar en esas artes dulces de la pasión. Al salir del apartamento, no había nadie de quién despedirse. Dejó una breve nota en la mesa para que las otras universitarias no se preocupasen: "Debo volver a mí...., en unos días estaré de regreso".

AROMA LUMINOSO

Es un día extraño; el cielo está inusualmente gris. En el ambiente se respira algo extraordinario, como si lo catastrófico estuviese a punto de apoderarse de cuanto ha de existir. No es el ambiente ese de cuando va a llover; hay algo más, como señales de que el fin del mundo podría estar por llegar. Lo que parece inusual es que no llueve, al menos no como llueve normalmente. No hay brisa, no hay nubes, solo un manto gris que carcome hasta los huesos; los pájaros se aglomeran en silencio, y las tripas del cielo se retuercen a un ritmo inusual.

En medio de tanta penumbra del ambiente, tengo un hambre atroz. Como ese sándwich de jamón y queso, masticado despacio, mientras sigo observando por la ventana que da al patio. Sé que debo hacer algo, salir de este letargo que me carcome, pero mis fuerzas están apenas para un escuálido transcurrir. Es uno de esos días en que parece que se necesitara un impulso externo para arrancar el motor de mi propio ser. No logro descifrar si es mi debilidad física por la gripe recién superada lo que me lleva a esta animosidad tan precaria, o es mi falta de energía espiritual lo que me hace sentir tan cansado. En ocasiones así, he llegado a sentirme tan emocionalmente desanimado, que ni siquiera me han quedado fuerzas para recibir un buen abrazo.

Haré algo, me digo cientos de veces, pero pasan varias horas sin que logre arrancar. Por fin, tomo el paraguas –es evidente que el cielo se desgajará en cualquier momento– y me atrevo a dar un mínimo paseo. Uso el mismo abrigo de ayer, el de anteayer, el de toda la semana. No es en el fondo pereza de buscar otro; es simplemente que el olor a ella sigue impregnado en esa prenda de algodón. Lo uso sobre la camisa, para que no se contamine de mi propio olor, cuidando así ese aroma a plenitud que aún me refresca. Es un perfume que ilumina muchos de mis rincones. Ahora entiendo que lo que me movió a salir del letargo no fue el deseo de caminar, sino el de percibir de nuevo la calidez de los recuerdos en mi olfato. Hace unos días, escribí este poema como monumento a esta apreciada fragancia y lo titulé:

AROMA LUMINOSO

*Hay una ventana diminuta en lo más recóndito
de la sombra espesa en que algún día me convertí.
Por ahí se infiltra un aroma contundente
que irradia los rincones de la más insospechada existencia.
Una hoja se mueve en la oscuridad pertinaz;
se agita con suavidad contagiosa y dibuja una
sonrisa inexplicable en el universo gris.
Huele a ti, a tu fuerza y espontaneidad;
huele a tus energías sensuales y a lo rotundo de tus alegrías.
Huele a tu sonrisa, a tu entrega, a las caricias impensables.
Es el aroma de tus poros, de tus axilas deliciosas, de tus rincones de placer.
Y la luz envolvente penetra en mi mundo a través del olfato
y se hace humedad, sonrisas, erección.
Un puñado de palabras gratas termina de esclarecer el jardín circunstancial,
hasta que mi cuerpo se transfigura dentro de ti,
mutando en este ser liviano y feliz, que se libera sin ataduras del temor.*

Recuerdo cada una de las palabras de este poema fugaz, y mientras lo reconstruyo en mi mente, mi corazón se va sintiendo atrapado por unas contagiosas ganas de sonreír. El día sigue empañado de melancolía, pero mi estado de ánimo ha dado un vuelco radical. Después de un rato, la humedad arrecia. Es increíble que parezca llover hacia arriba; las copas de los árboles parecen antenas que apuntan al infinito; la brisa parece chocar contra sí misma, formando una especie de evaporación que me empapa por debajo del paraguas. Soy el único que camina sonriente porque los otros transeúntes parecen amargados como yo mismo lo estaba una media hora atrás.

No me molesta la lluvia, pero decido refugiarme en este pequeño café. Un capuchino, una enchilada, y luego repito la dosis hasta quedar satisfecho. No hay manera de que deje de llover. Ahora sí es cierto que el cielo se rebanó porque parece escupir un goteo desordenado, con capas desiguales que dependen de la locación. Curiosa la escena esta, con un aguacero torrencial a solo unos cincuenta metros, mientras que de esa distancia para acá, solo hay un goteo tímido, digamos que hasta los diez o doce metros, y

luego una llovizna casi fluida. Jamás noté ese libertinaje de la lluvia, como si quisiera dibujar matices antojadizos.

Pido un tercer café, esta vez con un poco más de canela, e imagino que yo mismo vivo como esta lluvia extraña de hoy. A veces, me siento intenso respecto a alguien o a algo, pero simultáneamente me siento apenas respirando respecto a alguien más. Pido más canela, claro, por el olor; pido más café, claro, también por el olor, aunque admito que tomar esa tasa así, con ambas manos, genera un calorcito que también proporciona sensaciones exquisitas. Y la enchilada deja esa sensación semiardiente en mi boca, un cosquilleo leve que también me agrada.

La dueña del local ya me conoce bien. Algunas veces, me trae disimulada un trozo de papel y un lápiz de madera. Sabe que en cualquier momento me abocaré a garabatear algunas frases desordenadas. Rara vez, me ha pedido que se las leyera, pues parece disfrutar más que la lectura, el hecho de observarme ajeno a mí mismo, como si mi ser quedase embarrado en los renglones del papel. Cierta vez, me hizo una fotografía que puso bajo el vidrio de una de las mesas, junto a la fotografía de muchos otros clientes que también suelen frecuentar el lugar. Ahora no recuerdo en cuál mesa quedó atrapada la foto, pero esta mesa a la que hoy me siento, es la que me ha acogido una y otra vez.

Sé que es tarde: tendré que partir de nuevo a la soledad intensa de mi habitación. Pero no me siento mal. Ya descubrí el secreto que guarda mi abrigo azul. Así que me lo dejaré puesto hasta la hora de dormir, para deleitarme repetidamente con ese aroma que ilumina mi ser.

UN LLAMADO DE CONFUSIÓN

Quería caminar, permitir que sus pies decidieran espontáneamente la dirección. Luego, se convenció de que una fuerza indescriptible la estaba atrayendo lentamente. No lucharía, simplemente se dejaría llevar. Sus pasos se impregnaron de incertidumbre. Su corazón empezó a perder el ritmo pausado de los últimos meses. El flujo acelerado inflamaba, también, las venas de sus sienes. Se vio prisionera de un revoloteo arrítmico en sus entrañas. El ruido melodioso del viento se le hizo áspero, y maltrató aún más su carcomida tranquilidad. Había lágrimas de dolor en su memoria, pero no llegaban a irrigar su rostro asustadizo. Correr hubiese aliviado la angustia, pero sus piernas se negaron a responder. No quedaba más que seguir acatando una orden escondida.

El pavimento irregular de las calles descuidadas empezó a quedarse atrás. Surgieron, imponentes, algunos pinos y cipreses. El olor a campo devolvía algún grado de bienestar, pero impulsaba su mente hacia una abstracción aun más pronunciada. Repentinamente, se vio saltando de roca en roca en medio de la correntada ruidosa.

Ese río existía en sus recuerdos, aunque nunca tuvo la oportunidad de conocerlo. Era como una imagen fija, más que un recuerdo, era sencillamente parte de su mente. Podría asegurar que estuvo en ese lugar encantado cientos de veces, aunque lo poco que quedaba de su raciocinio, la convencía de que no era más que alguna ilusión. “Y si no fui yo quien estuvo aquí, ha de haber sido quien me precedió... Y si esto no es real, no lo es tampoco mi mente, ni mi sed, ni el impulso instintivo que me arrastra en esta dirección”.

Escaló por el paredón imponente del cañón pedregoso. Las rocas puntiagudas y los troncos espinosos no parecían significar obstáculo alguno. Una agilidad incomprensible se había adueñado de ella. Sospechoso le pareció el hecho de saberse perdida; visualizar por segunda vez el paredón de caída libre, y el hecho de escalarlo por segunda vez sin dificultad. “En lo que sea que me esté convirtiendo, es mejor que yo, al menos físicamente... Parece que pronto me transformaré en un ser invencible, en alguien que ni la muerte podrá derrotar...”.

Trató de reconstruir los acontecimientos de los últimos minutos. Supo que antes de escalar por segunda vez el cañón había bajado por un pequeño

paquete que se cayó de su bolsillo. Eso le generó alguna alegría: no estaba divagando, se trataba de eventos reales orientados por la secuencia infinita de causas y efectos. Aunque no tenía claro el porqué de esa metamorfosis y de ese viaje inesperado, la reconfortaba un poco saber que detrás de todo había una causa. Cuando fue religiosa, esa idea le resultó muy útil. Así superó la muerte inaceptable de su madre. También, pudo asimilar lo del incendio crudo de su apartamento. "Resignación" era quizás la palabra, pero ella prefería pensar en algo mucho más grande que se le hacía incomprendible, en algo superior que desde todos los tiempos era la causa independiente de todo lo que a ella le pudiera suceder. Era algo superior y, bueno, no podía ser de otra forma. Algo superior y bien intencionado. Pero, ya desde su más temprana juventud, se sintió huérfana de ese algo que la protegía. Supo que había sido abandonada. Fue entonces cuando empezó esas prácticas raras de desprendimiento de sus propios deseos, dejándose llevar hacia cualquier fuerza que pudiese atraerla. "Mi mundo es blanco; blanco independientemente de los otros colores.... Mi mundo soy yo misma atrapada en ese blanco... Mi mente no es, entonces, más que blanco, y blancos son mis sentimientos...". En realidad, no importaba el color del mundo porque en su mente vagaban pensamientos diminutos que no la sacaban de la sensación de una blancura indestructible.

Ya en la cumbre del peñasco, encontró lo que parecía ser la fuerza de atracción. Era un nido diminuto, con dos pequeños huevos que, aunque rojizos, a ella se le antojaron blancos. Sus dedos se detuvieron justo antes de tomarlos. Miró asustadiza a su alrededor. La melodía imponente del río, haciendo coro con los gritos agraciados del bosque, se habían extinguido. Silencio total a pesar del viento, a pesar de las hojas que caían y a pesar del agua espumosa que se restregaba violenta contra las piedras. Silencio total que le dañaba los oídos y perturbaba los rasgos disminuidos de lo que antes había sido su paz. Silencio escandaloso a pesar del revoloteo de unas alas cortas que se agitaban alrededor de su cabeza; a pesar de los movimientos repetidos de un pico casi emplumado que se le acercaba desde tantas direcciones. "Si fuese mi ángel de la guarda, no se mostraría tan enojado... No tendría tantas plumas... No daría picotazos agresivos en mi rostro...".

Caminó lentamente sobre aquel paraje empedrado. Se alejó cabizbaja. Un tronco horizontal le sirvió de asiento. Luego, se sentó lentamente sobre el suelo húmedo, dejando que la silueta del tronco se transformase en su cómodo respaldar. Un cansancio insoportable se apoderó de su voluntad y, antes de cualquier reacción, se vio presa del sueño. Fue un sueño profundo y reconfortante. Como cada vez que dormía, se convirtió muy pronto en el personaje de una historia extravagante. En ese sueño confuso se vistió

nuevamente de blanco. Sin voz y sin gestos, susurraba señales claras, pero el hombre frente a ella no lograba descifrarlas. Entonces, lo miraba fijamente, mostrando en sus pupilas lo más profundo de su ser. Pero él seguía sin comprender, y eso la molestaba. Muy rápidamente, su humor se fue tornando gris, agrio. De repente, el sueño dio un salto en el tiempo y la llevó a algunos días más tarde. Su hombre, a quien ella imaginaba de alma pura, la había traicionado. Pudo verlo junto a alguien más, disfrutando alegrías que con ella nunca compartió. Se despertó agitada cuando en el sueño se convenció de que eso no era más que la cruda realidad, esa secuencia de acontecimientos vividos solo unos días atrás. Desde ese momento se había dejado llevar, y esa fuerza amorfa la tenía tendida en aquel lugar boscoso pintado de blanco. Se incorporó apresurada. Ahora sí que las lágrimas se apoderaron de su rostro. Su sordera era real, pero el camino de piedras bajo sus pies descalzos y heridos era una simple ficción inventada por el dolor en su alma. Se dispuso a dar un paso más, siguiendo el llamado de esa fuerza confusa, un paso único y final.

TODO EN SU LUGAR

Hoy, algunos meses después de aquel repugnante episodio, puedo afirmar con toda la certeza que todo ha vuelto a su lugar. Me miré al espejo y noté en mis ojos la presencia de una paz que parecía haber desaparecido. Mis manos permanecieron secas y sin temblores por muchas horas y, aun en este momento, en que tecleo estas notas, percibo en el aire un sabor especial. ¡Cuánto lo extrañaba! El cambio se me vino encima sin que yo tomara más parte que dejarme llevar. Simplemente, dejé que mis manos fuesen mías de nuevo, que mi piel regresase a cada rincón de mi cuerpo. Al amanecer, desperté bruscamente como tantas noches. Las pesadillas me llevaron al límite de mi resistencia, al punto de provocar ese llanto casi enfermizo con el que mi inconsciente respondía. Esta vez no le permití a mi mente reproducir nuevamente la historia desagradable que, de por sí, ya se había reprogramado en la reciente pesadilla. Respiré tranquila por algunos minutos y después decidí contemplar mi cuerpo en la agonía de la oscuridad. "Claro que es un cuerpo hermoso", me dije, "claro que es atractivo para cualquiera". Eso fue un gran avance. Muchas semanas pasaron sin que el mirarme a mí misma no me causara alguna repulsión. Hoy lo logré. Me miré con una actitud más que abierta. Me convencí de repente: la culpa no es de mi cuerpo ni de mi belleza; definitivamente, el pecado no está en lo hermoso de mi piel o en mi actitud amistosa. No. Eso no es más que un cúmulo de virtudes. No puede ser que me induzcan a pensar que la fuente del problema está en mi belleza. "En mi sensualidad", dirían algunos. Rotundamente, no. Pero lo cierto es que me tomó demasiados días y noches de angustia vencer esa actitud.

Había tratado de superarlo muchas veces. Pero, de alguna forma inexplicable, mi mente terminaba traicionándome. Ahora lo puedo admitir: por varios meses le obsequié a un degenerado todo el control sobre mí. Dejé que dominara mis sentimientos, que su recuerdo transformase mi sensibilidad en una lluvia caótica de temores y de enojos. ¿Por qué se me hizo tan difícil superarlo?, ¿por qué no fui capaz de ser yo misma para poner las cosas en su lugar? Lo reconozco, la situación que me obligó a vivir ese pobre idiota amerita un castigo más que severo. Pero lo inadmisibles es que, ante la más mínima circunstancia que me lo recuerde, mi mente circule entre el odio, la depresión y una ansiedad insoportable.

Por supuesto que hubiese preferido que todos los otros jefes no le protegiesen, que el proceso de acusación hubiese prosperado para que pagase por lo que me hizo y por lo que también hizo sufrir a otras más. Mucho me pesó saber que Anita también fue maltratada, y que Marisol resultase también agredida de esa forma asquerosa. No pude entender por qué callaron. No se puede aceptar que dejaran todo como si ese gorila no se les hubiese acercado para manosearlas y arrinconarlas sin ningún pudor. El poder se lo concedieron de forma sumisa.

Yo decidí pelear, y de alguna forma gané, aunque en más de las formas perdí. Asumí el proceso como una salvación, como un mecanismo de recuperar mi dignidad a través de la venganza. Eso fue lo que no funcionó. De ninguna manera sería posible recuperar mi paz mediante la magnificación del odio. De ninguna manera hubiese avanzado hacia la parte mía que se vio violentada peleando desde afuera, refugiándome en esa abogada feminista que nunca se preocupó por mí, sino que asumió el asunto como una batalla personal y casi abstracta contra el género masculino.

Todo lo dejé en manos del proceso de acusación y muy poco trabajé en mi interior. Cada vez que me lo topaba o, incluso, cuando leía su nombre, mis manos se humedecían de un sudor helado, y mi cuerpo entero temblaba sin control. Él lo notaba: era suficientemente cínico como para saber que estaba ganando, que su sola presencia me hacía desaparecer. Esa risita burlona reproducía mi odio y me dejaba agotada y llorosa, hasta que lograba disimularlo inventando cualquier actividad. Le di el poder y yo me entregué vencida. El ejercicio de imaginarme golpeándolo me aliviaba por unos minutos. Pero al poco tiempo se me revertía en más temor y humillación.

Hoy, sin embargo, puedo sonreír. Sin esperarlo, encontré el mejor tipo de apoyo: me entregué a lo que verdaderamente soy. Fue una persona que ya se me hacía extraña la que se me acercó; una mujer casi desconocida para mí; esa mujer que terminé siendo yo misma, pero limpia de todo lo que me estaba haciendo desaparecer. Frente al espejo lo noté. En lo profundo de mis ojos, se asomó lo que siempre fui antes de aquel evento desagradable. Noté alegría, fuerza y, por qué no admitirlo, una sensualidad tranquila que me llenó en tantos momentos de ganas de continuar. Decidí desprenderme de mi bata y de mi ropa interior. Me puse de pie frente al espejo, desnuda, tan desnuda como nunca lo había estado porque, de alguna forma, siempre que lo estuve, me encontraba vestida por la indiferencia o por la prisa. Nunca me contemplé así, como soy. Nunca me detuve a contemplar la geografía de mi ser, la profundidad de mi alma a través de mis ojos. Nunca

dibujé mi contorno con la yema suave de mis dedos. Nunca me acerqué tanto a mí misma.

Esa comunión con mi verdadero yo me dio las fuerzas y la sabiduría para comprender la realidad. Decidí recuperar el control, asumir las cosas como verdaderamente son. Desde ese momento, puedo ver la verdad: yo soy más grande y con más poder que las circunstancias que me atormentan, que el hombre-bestia que me atacó. Él dejó de ser la fiera con el poder. Ya no me daña más porque le quité ese poder que yo misma le había concedido. Ahora solo merece mi indiferencia; ni siquiera podría premiarlo con un puño desarticulado de lástima o de repulsión. Como lo dije, todo ha vuelto a su lugar. Yo soy la mujer formada y madura; él es solamente un mal recuerdo y, como tal, no merece nada de mi parte, ni siquiera una continuación del odio que muchas otras le han decidido regalar.

EL VUELO DEL ÁGUILA

Ella sabe que su sueño recurrente le dice algo sobre sí misma. Es un sueño distinto, casi como un rompecabezas, porque se va formando día a día, no siempre con alguna secuencia lógica. Lleva unas diez noches soñando partes diferentes del mismo sueño, a veces se repite la imagen del águila yendo y viniendo al nido, pero todo lo demás son como fragmentos distintos de una historia que ya está a punto de descifrar.

Ahí está el ser emplumado, que viene a ser ella misma, comprimido en su nuevo caminar, en su nueva forma de dar pasos en el aire. Se desliza rozando apenas la existencia. Las alas extendidas se apoyan silenciosas en el tibio transcurrir de la brisa transparente. Atrás ha quedado el nido habitado de gritos hambrientos, que a veces son susurros de alegría, y a veces amalgamas de pasión. No hay tiempo que perder. La vista habrá de agudizarse para detectar el movimiento de lo que pronto será la fuente de nutrición, de lo que será transportado en su pico fuerte, hasta la boca bulliciosa del ser indefenso que es fruto de su propio ser. Las plumas que cubren su cuerpo le dan plena comodidad. Pero no sabe hilvanar pensamientos, aunque tiene plena conciencia de que aquello que alimenta el amor está mucho más allá del nido mismo, de ese nido que es todo lo que ha logrado llegar a amar. No sabe expresar sentimientos, pero no le cabe duda alguna de que daría su vida por el bienestar de esa criatura bella que es parte de sí. Preferiría no abandonar el refugio de su descendencia, que es a la vez su propio hogar, el espacio concreto de la cotidianidad del amor. Pero ha llegado a la conclusión de que su vuelo hacia el mundo es parte de la vida misma: porque afuera está el alimento, o al menos parte de él, porque el vuelo mismo es intrínseco a su razón de existir. Repentinamente, se despierta de lo que pudo estar soñando. El nido se ha transfigurado en un hogar; el pichón es ahora la pareja que la acompaña y la niña que de ambos nació; la presa es el beso que hoy encontró donde nunca estuvo perdido, y el vuelo es su conexión con lo que realmente significa vivir.

Esta mañana, despertó un poco más agitada, pues la transfiguración del águila en ella misma le deja una sensación de inquietud. Prepara el desayuno como todos los días, quizás un poco más absorta que de costumbre. Abraza a Matías que, como siempre, se levanta unos minutos más tarde, después

de perecear un rato con la niña hermosa que cerca del amanecer se ha pasado al cuarto matrimonial. Las tostadas están en su punto, el café despide el aroma exquisito de siempre y las frutas están en la bandeja azul. Aún conserva el paño sobre la cabeza, aún tiene dibujado en su piel el último beso de la madrugada; aún siente en sus entrañas el tibio fluido del amor intenso.

Unos minutos más tarde, están los tres desayunando juntos. Todo parece funcionar de maravilla, pero en su interior percibe algún tipo de vacío que es difícil de explicar. Cree amar, más bien está segura, pero hay un impulso incontenible que la lleva a volar. Claro, eso es, ahora lo comprende, ese es el vuelo. Tiene que volar un poco, salirse de su nido, alimentarse de alguna manera. Se mira al espejo sorprendida y parece como si aún retuviese algunas de las alas del ave imponente. Difícil de creer, pero extiende los brazos y siente un deseo contundente de agitarlos imitando el bello movimiento de las alas fuertes. Se concentra en su propia mirada y descubre una ternura insospechada, pero a la vez esa intensidad que se acrecienta en el momento de buscar una presa.

Hoy se quedará sola en la casa. Tratará de terminar ese documento que tantas dificultades le ha generado. La excusa es que han salido demasiadas obligaciones que llenan su agenda de asuntos que ni siquiera puede listar. Pero hay algo más. Su mente ha estado abarrotada de abstracciones indescifrables. Se ha sorprendido cientos de veces pensando en alguien más, en ese hombre sin rostro, o con cualquier tipo de facciones, en ese que no termina de ser real, pero que podría ser cualquiera, el que menos se imagine. Tiene sed de algo más; tiene las energías descontroladas y una sed intensa de un cariño diferente. No entiende por qué le puede suceder, porque todo parece funcionar bien con Matías. Hay algo que falta en esa relación; hay algún tipo de nutriente sentimental que no logra completar con su marido, y por eso se viene acrecentando algo parecido a una frustración. Pasarla bien no basta porque se acumula un vacío contundente, pero no quiere aceptar que algo falle en la relación. Es quizás su sed insaciable, su desorden hormonal, su desequilibrio existencial. Se levanta nuevamente del escritorio y se lava la cara por tercera vez. Toma agua cada vez más fría e, incluso, se ducha una vez más. Nada parece funcionar. Sus instintos la quieren hacer volar. Ahora que reconstruye los recuerdos, llega a la conclusión de que tiene muchos meses en esa especie de búsqueda pertinaz. En el fondo preferiría no encontrar eso que ni siquiera debería buscar. Pero sabe que, al no encontrarlo, su búsqueda podría continuar. No quiere dejar ningún beso desparramado en otros labios, no quiere dibujar caricias en otra piel. Pero la necesidad de ese nutriente parece estar debilitándola.

Preso de la ansiedad, deja su computadora con la página aún en blanco y se decide a caminar un rato por el barrio. Son antojadizos los caprichos del destino. Después de algunos pasos, se agacha para amarrar de nuevo sus zapatos deportivos y, al incorporarse, se topa con una mirada penetrante. Esta tarde se ha encontrado con un beso profundo que de alguna forma cambió su existir, aunque todo lo cotidiano pareció quedarse igual. Todo cuanto hubiese pensado de la razón de vivir se ha transfigurado en un sentimiento inexplicable. Ni la más profunda reflexión le da respuesta sobre el sentimiento claro, que parece no encajar con lo que fue su forma de pensar. No logra descifrar siquiera si lo que se dibuja espontáneo en su mente es apenas una insinuación de un sueño recurrente, o si es, tal vez, el parafraseo de un nuevo ideal. No está claro tampoco si vale la pena cuestionarse más. No tiene las plumas ni está buscando alguna presa, pero siente que su vida se ha transformado en el vuelo del águila que, por su naturaleza, se aleja del nido para buscar el sustento y después se devuelve para alimentar a todos los que viven ahí.

LIBERTAD

Estaba desnuda en la cama, acariciándose suavemente la piel de las piernas. Pero sus pensamientos la habían llevado lejos, como si un viaje indeseado de la mente hubiese sido capaz de bifurcar su ser, separando la materia de todos los indicios espirituales. Una tristeza honda se apoderó de sus rasgos. Los ojos hinchados no dejaban duda de que algo, que de seguro tendría que ver con mi decisión de disfrutar la fiesta mucho más rato de lo convenido, le estaba herrumbrando las ganas de vivir. No era ese tipo de enojos pasajeros de muchas veces; no era tampoco una rabieta en abstracto. Había una causa de trasfondo que se me hacía difícil comprender. Al mirarme, sus ojos se irrigaron por completo. No pronunció palabra alguna. Simplemente, me miró hasta lo más profundo, como si al escudriñar en mis gestos, pudiese percibir la historia misma de cada minuto de mi existencia. Sostuve la mirada con cierta paz, quizás también con compasión. Por algunos segundos, quedé petrificado, como si las caricias que tenía para ella se me hubieran atascado en la punta de los dedos.

Al reaccionar de nuevo, solo pude disculparme con palabras torpes. Sabía que ese no sería el medio para aliviar aquel dolor de fuego, pero mi espontaneidad se deshizo en una incertidumbre de penumbras. Cerré entonces mis ojos, solamente para tratar de despertar mis otros sentidos. El ruido de su respiración llegó débil, pero claro, hasta mis oídos. Supe que su dolor estaba cargado de tranquilidad. Era uno de esos momentos definitivos de la vida en que una herida desmorona los cimientos de la personalidad, pero resalta precisamente lo más auténtico. Su autenticidad estaba impregnada de paz y de espiritualidad. También percibí el olor repulsivo de mi vestimenta. El olor a humo de cigarrillo combinado con grasas de bar sin ventilación y de sudor añejo se apropiaron de mi ser: era sencillamente intolerable. Venciendo la pereza, decidí darme una ducha rápida, repitiendo la dosis de champú para garantizar que la fetidez de trasnochado se diluyera con el baño. Regresé entonces al dormitorio para comprobar que la escena se perpetuaba. Su desnudez no me despertó el deseo de siempre, quizás porque ya me había convencido de que el daño no se debía solamente a la llegada tardía. Ese tipo de situaciones me las había

perdonado infinidad de veces, reclamando airosa en algunas ocasiones, o simplemente bromeando al respecto en otras.

Esta vez había algo mucho más contundente. Presioné sin pretenderlo el botón de los sentimientos con el que se inicia la reacción en cadena. Una simple disculpa sería insuficiente y hasta contraproducente. Así que tendría que acudir a lo que desde tiempo atrás se había debilitado: mi propia sensibilidad. Me encerré en primera instancia en lo que parecía racional, mas por esa vía no pude buscar alguna forma de abordar la situación. No eran los pensamientos hechiceros los que me sacarían de aquella sensación acongojante. No eran teorías gastadas o frases filosóficas lo que habría de generar espacios para una reconciliación definitiva. Ni siquiera pude notar que no se trataba de un proceso de reconciliación, sino de algo mucho más profundo. Cuando la angustia se apoderaba por completo de mí, fue ella quien vino al rescate. El dolor seguía carcomiéndola, pero fue capaz de iniciar un monólogo intenso y fluido.

“No hay duda”, dijo pausadamente, “te amo más allá de lo que pueda concebirse. Tu compañía significa para mí mucho más que solo caricias y alegrías serias: también te has convertido en una especie de fuente de energías y en depositario de todo cuanto quiero desechar..., pero las cosas se vienen desequilibrando. Tú has apostado a las sensaciones que vienen de afuera, a las fiestas, a tus amigos. Yo sigo apostando a ti, aunque me duela. Sigo convencida de que entre ambos podremos reconstruirnos e inyectar de felicidad nuestros días... ¿Qué pasa contigo? A veces, actúas como si los ojos se te hubieran estropeado: no eres capaz de comprender que te estás alejando, no solo de mí, sino también de ti mismo. Tú no eres así, tú no eres ese fiestero irresponsable... Recuerda que fueron tu bondad y tu alegría las que me acercaron a ti; recuerda que tus bromas estratégicas me ayudaron a superar frustraciones y a redescubrir mi razón de vivir... ¿Por qué lo abandonas todo?”.

Cerré mis ojos para analizar cuidadosamente sus palabras. Efectivamente, se venía resquebrajando mi capacidad analítica y mi facilidad de llegar hasta las argumentaciones necesarias. Así que me dejé atrapar por un silencio que empezó a incomodarla. Por unos momentos que parecían rozar la eternidad, no fui capaz de articular frase alguna. Pero una nueva situación fortuita llegó a mi rescate. Por algún accidente del destino, en la sombra interna de mis párpados, se dibujó una figura ininteligible que parecía asumir la silueta de una gaviota blanca. El vuelo de ese pájaro ficticio me llevó a la verdad rotunda. Se trataba simplemente de un juego confuso de lo que ambos interiorizamos como el concepto de libertad. Ambos buscábamos lo mismo, pero lo definíamos de maneras aparentemente contradictorias. Para ella lo importante junto a mí era esa capacidad de entregarse plenamente, esa

facilidad para expresarme toda su ternura y su pasión, como si mi ser no fuese más que una extensión de sí misma. Al acariciarme, se acariciaba, por lo que la ternura con que me premiaba se le devolvía más fuerte y limpia. Recordé mis palabras lejanas de aquella primera vez que me acerqué a ella. Sus facciones de nostalgia me habían conmovido. Pregunté sobre su tristeza, y ella simplemente la negó. Pregunté sobre la posibilidad de acompañarla, de construir alguna parte conjunta de nuestros destinos, y ella se negó argumentando que había apostado a la libertad, a ese estilo de vida en el que no se pertenece a nada ni a nadie. Fue entonces cuando le afirmé que se estaba privando de la mejor de las libertades: la libertad de amar.

“Tienes tanto miedo al dolor de una desilusión, que has cercenado la libertad de entregar toda tu ternura, la libertad de acercarte a lo más bello de tu ser. Asumes el amor como si se tratara de un punto de partida que hace que todo parezca hermoso, cuando en realidad es un punto de llegada por el que hay que luchar, al que hay que apostar, generando, si es necesario, una revolución para construirlo y dejarlo en libertad...”

Recordando esa conversación lejana, llegué a la conclusión de que era yo quien ahora, buscando alguna libertad para enfiestarme de vez en cuando, estaba reprimiendo de forma notoria mi libertad de dar y de recibir amor. Comprendí que, al defender un espacio para mi desahogo, había equivocado el camino. Había estado encarcelando la posibilidad de abrirle mi alma. Por su parte, ella cansada quizás por tantos intentos fallidos de lograr un espacio en mis sensibilidades, estaba empezando a reprimir sus deseos espontáneos y sus caricias refrescantes. Una sola frase nos puso de inmediato en sintonía.

“Démonos la libertad”, pronunció alguno de los dos.

Y empezó de nuevo este ciclo hermoso de pasión y de entrega total.

CUESTIÓN DE RITMOS

Muchas decisiones se toman justo en el momento. En esas circunstancias, en las que no hay tiempo de mucha reflexión, hay que atenerse a principios y valores. Para ella hubo, sin embargo, un tiempo de meditación. Quiso hacerlo parecer como una decisión apresurada pero, en realidad, había estado dispuesta a lo que venía, descartando conscientemente una negativa. Midió cada posible riesgo: el de conflictos laborales, el de embarazo no deseado, el de sentirse abandonada justo después de algunos momentos de placer. Aun así, quiso aventurarse. Sería una nueva experiencia, algo que quizás hubiese preferido evitar, pero con aquel joven apuesto se atrevería a todo. Al inicio, pesó en su mente la idea de una negativa contundente, no por falta de atracción o por temor a no ser correspondida. Se trataba más bien de una barrera social. El hecho de que él fuese casado la frenó por unos días, pero después cerró los ojos a lo que consideró un lamentable inconveniente. Quería conquistarlo, convencerse a sí misma de que era capaz de transformar un imposible y, ¿por qué no admitirlo?, quería también demostrarle a unas cuantas de sus colegas su vigente poder de atracción.

En esto último estuvo su error de apreciación. No debió hacer pública su intención, menos de una forma tan poco cuidadosa. Todo sirvió para desparramar cada vez más exagerados chismes que, entre otros efectos, hicieron que su presa se pusiese a la defensiva. Ahí no terminaron los malentendidos. Una vez que el chisme colmó el ambiente, cualquiera en la oficina habría asegurado bajo juramento su veracidad. En el ala masculina alrededor del involucrado, hubo dos tipos de reacciones. Los más conservadores se apegaron a sermones cajoneros, argumentando la necesidad de dejar esa relación pecaminosa para dedicarse por completo a la familia. Algunos otros, los de una mentalidad mucho más abierta, solo pidieron, en caso de que los eventos fuesen ciertos, un nivel mucho mayor de discreción; y en caso de que alguien estuviese exagerando, requirieron nivelar los hechos para alcanzar las palabras: "No hay quite, tendrás que darle un buen revolcón pero, ya sabes, sin que nadie se vaya a enterar... Bueno, nadie más que ella...".

Dos dilemas se fueron conjugando. Primero, el de ella, que había pasado a sufrir la acidez de los comentarios acusadores sin haber disfrutado las

mieles de la pecaminosidad. Quería seguir haciendo que se cumpliera todo lo deseado, pero a la vez quiso frenarlo todo tajantemente. Para él el asunto era ambiguo. Por una parte, se le hacía muy caro el precio que estaba pagando por algo en lo que nunca se involucró, lo que lo llevaba a ponerse a la defensiva; pero, por otra parte, se sentía tentado a explorar la posibilidad de un evento real, lo que se le degeneraba en la necesidad de una actitud agresiva. En su caso, sin embargo, la decisión no estaba acabada. Al menos no de forma explícita. He de dar fe que, en el momento de los hechos, él simplemente se dejó llevar. Fue una decisión impensada, justo cuando lo que parecía una casualidad lo llevó a enfrentarla a solas. Ella no titubeó. La situación era acongojante porque no era fácil justificar una permanencia prolongada en la oficina después de las horas laborales. Pero no vio ningún problema adicional. Lo buscó en el cubículo y lo abordó desde atrás. Él, concentrado en su monitor, solo sintió una mano suave posarse con delicadeza sobre su hombro estresado. Visualizó la silueta sobre las letras negras de la pantalla. Volteó más despacio de lo que sería normal y se encontró con que la mano se venía desplazando hacia su mejilla. La mirada con que se toparon sus ojos era sencillamente irresistible. Un beso apresurado fue el indicador de que todo estaba decidido. Faltaba, sin embargo, aclarar lo que aquello significaría para cada uno, y esa aclaración no pareció quedar en lo que era urgente discutir.

Me sigo preguntando qué fue lo que interrumpió ese proceso que después del roce de labios parecía natural. Y no cabe duda de que todo se trató de un desajuste en el ritmo al que cada uno se dispuso a orientar los acontecimientos. Ella apresuró las cosas para dar el impulso inicial; estaba segura de que esa actitud agresiva abriría una brecha para siempre. Y él, que cedió la iniciativa hasta el momento del primer encuentro fugaz, se sintió repentinamente en la urgencia de avanzar hasta el final. Para él, el pecado ya había sido cometido, y solamente faltaba el acto impostergable de disfrutarlo hasta la saciedad. Para ella, los cálculos habían sido diferentes. Se imaginó una entrada arrolladora, solo para que las cosas tomaran el rumbo deseado, pero después vio los avances de forma paulatina, como si en cada pequeño paso se escondiese algún tipo de placer. Para ella se trataba, entonces, de un avance a pequeños pasos y, para él, de una carrera enloquecida en la que el placer se escondía en la meta misma.

Aquel beso inconcluso de la oficina significó para ella la confirmación de que algo hermoso se había iniciado. Para él, solo significó la certeza de que lo iniciado tendría pronto que acabar. Trató de prolongar el beso, humedeciéndolo más de lo pensado, pero ella lo separó con determinación. Ese primer choque empezó a significar una posibilidad de frustración para

ambos, pero lo asumieron como un accidente por vacíos de comunicación. A ella le pareció natural que la invitase a un café en algún lugar alejado. Al entrar al automóvil, las diferencias continuaron acrecentándose. Él no dudó en ubicar su mano torpe sobre el muslo que asomaba tentador bajo la minifalda. Fue placentero para ella, pero el ritmo de su corazón no se aceleró, como hubiese parecido natural, sino que se hizo más lento. Una vorágine de dudas se apoderó de sus frágiles convicciones. Cerró fuerte los ojos, pero eso no lo pudo observar aquel hombre que se dividía entre sus labores de chofer izquierdo y de amante derecho. La mano siguió explorando por debajo de la tela corta hasta alcanzar los encajes acolchonados por el pelaje crespo de la intimidad. Los vendedores ambulantes en el semáforo fueron la excusa genial para obligar a una retirada atropellada. Pero, al moverse nuevamente el automotor, la escena se reinició justo donde había quedado. Se revirtieron bruscamente los papeles porque por la mente masculina pasó un cronograma de todo lo que vendría en los próximos minutos hasta llegar a la habitación del motel más cercano. La mente de ella quedó prácticamente en blanco, con punzadas en el estómago que le advertían sobre la necesidad de asumir alguna actitud: o dejarse llevar o poner inmediatamente un freno salvador. No pasó ni lo uno ni lo otro. Si dio señal sobre algún tipo de no, fue, en realidad, una de esas negativas femeninas que parecía significar un sí. Si era sí o era no, a él no le preocupó: eran ahora los instintos quienes habían tomado el control.

Fue uno de esos eventos inesperados lo que llevó a un desenlace prematuro. El carro se detuvo en medio de la calle, y de ahí no hubo forma de echarlo a andar. En la desesperación momentánea, se desmoronó la excitación de él, mientras que la angustia de ella se transformó en una huída disimulada. Aquel fue, simultáneamente, el primero y el último encuentro porque, después, se alejaron para siempre, escondiéndose en excusas burdas de parte de los dos.

AVANCES PAULATINOS

Quiso viajar paso a paso a ese terreno desconocido. Primero fueron esos comentarios vivaces con sus compañeras, que le transmitían energías novedosas a partes desconocidas de su cuerpo. Algunas habían tenido algún encuentro furtivo de noviazgo naciente, y eran ellas quienes incitaban a los primeros pasos de experimentación. Besos cortos y manos en el hombro se asemejaban a historias completas de amor y pasión. Ni siquiera se daba cuestionamiento sobre alguna distancia entre atracción y amor. A esa edad para ellas era sencillamente lo mismo.

Ella avanzó muy lentamente. Después de gozar por algunos meses del placer de las historias ajenas, descubrió que había un placer mucho más intenso en la construcción de una historia propia. Fue el momento de atreverse al juego de las miradas mutuas. Cientos de páginas recibieron estampas variadas de símbolos de amor: corazones, flores, sonrisas. Esa fue una terminología de papel sin más destinatario que el propio cuaderno de pasta suave. Avanzar un paso más no fue algo que creciera de su propia iniciativa. Su especialidad era asumir un papel pasivo, por lo que su vida giraba mucho alrededor de lo que otros se atrevieran a proponer. No ponía barreras visibles, pero tampoco se atrevía a dar un paso por sí misma. Fue eso, combinado con la timidez de quien le entregaba miradas dulces, lo que retardó el momento de algún tipo de conversación. Esta se dio cuando las circunstancias arremetieron. Se le hizo inevitable hablar con él cuando se encontraron en la soda prácticamente vacía. Surgió ahí un acuerdo tácito de abrir espacios para pláticas apresuradas. Ese espacio también generó satisfacciones nuevas, pero empezaba a agotarse por falta de renovación. Fue él quien se vio obligado a tomar la iniciativa, empezando una deliciosa fase de contactos físicos esporádicos. Tomarle la mano fue una acción angustiante pero, una vez que ambos se sintieron, dejaron que la piel se comunicase de alguna forma para ellos desconocida.

Algunas semanas después, surgió un primer beso atrevido. Se habían estado mirando y conversando sobre nada en particular, hasta que sus miradas se encontraron tan de cerca que el magnetismo existente los llevó a esa unión infinitesimal de los labios. En los siguientes días, aumentó la frecuencia y la duración de los roces labiales, abriendo espacio a otro tipo de emociones

efervescentes. Los dibujos de corazones y otros símbolos dejaron de ser tan frecuentes. Habían superado la fase de las ilusiones mentales y se enfrentaban ahora a una sed marcada de contacto y experimentación. Desde ese entonces, ella se formó un rasgo que la diferenciaba de sus compañeras. Nunca se vio atraída a jactarse de sus actos, y mucho menos a contar lo que asumía como algo completamente íntimo y reservado solo para dos. Parecía como si hubiesen llegado a un acuerdo al respecto porque de los labios de él nunca salió comentario alguno. Ni siquiera la presión y las bromas de sus amigas la llevaron a ella a decir nada sobre sus vivencias. Simplemente, las vivía y, en el acto mismo de disfrutarlas, se agotaba la necesidad de terminar de vivirlas con palabras a terceros.

Mientras tanto, sus colegas habían avanzado un poco más. Ellas expresaban convencidas el placer de recibir besos tenues en el cuello. Algunas hablaban, incluso, de la vibración incontrolable de algún tipo de caricias en zonas reservadas de sus cuerpos. Ella empezó a disfrutar ese tipo de encuentro en su imaginación, pero no se atrevió a insinuar un espacio para eso. Así que tuvo que esperar varias semanas más. Fue en un paseo al balneario donde se dio un roce comprometedor. Su novio se le había acercado sin más intención que darle un abrazo fraterno. Pero ella se volvió justo en ese momento, por lo que el abrazo fue desde la espalda. Sin proponérselo las manos se posaron torpes en los pechos duros, llevando la presión sanguínea de ambos a niveles insospechados. Ese accidente marcó una nueva etapa. Unas horas después, encontrándose sola en su cama, sintió cómo todavía la respiración no regresaba a su ritmo normal. En los siguientes días, las cosas parecían no cambiar, como si para él hubiese pasado desapercibido aquel evento accidental. En realidad, había sucedido todo lo contrario, pues en él se despertaron instintos insostenibles que de alguna forma quiso ocultar. Fue el inicio de un período de masturbaciones repetidas en las que el recuerdo de besos o caricias leves era mucho más potente que los besos y caricias nuevas. A solas con sus recuerdos, él la sentía más accesible que cuando ella estaba presente. Sus dedos eran los de ella y las energías se concentraban ahí donde no quería ser descubierto. Por eso pasaron muchos días sin que se sintiera algo nuevo.

Una vez más, el siguiente paso estuvo marcado de casualidad. Un botón de su blusa se desprendió, dejando al descubierto un pecho firme y puro, que se asomó atrevido bajo la tela del sostén transparente. No mediaron palabras en la solicitud de un permiso para avanzar. La mano se posó primero sobre la tela de encajes, apretando con delicadeza. Algún movimiento impensado hizo que la silueta del volcán de pasiones brotara erguida, para recibir el primer beso de su vida. Fue un beso torpe, pero abrió el camino a una entrega que habría de culminarse en cualquier momento.

Surgieron muchas nuevas sensaciones. A ella jamás se le había ocurrido acariciar esa parte bella de su propio cuerpo, pero se vio impulsada a hacerlo repetidamente durante los días que siguieron. Lo disfrutaba, pero sin llegar a los niveles incontrolables de excitación que le dejó aquel húmedo beso. No quería imaginar lo que podría seguir en otro encuentro tan a solas con él. Se cargaba de un sentimiento ambiguo entre deseo y ansiedad. Se sentía estrujada por un susto estremecedor, pero también por unas ganas incontenibles de ir hasta el final. El problema era que no lograba imaginar el final. No sabía cómo plantear el asunto y, mucho menos, cómo concretarlo. A su novio le sucedía algo similar. Su inconsciente lo empujaba a atreverse a más. Tenía claro que ella no pondría barrera alguna, pero se le hacía acongojante pensar en la forma de la aproximación.

Por primera vez, tuvieron una conversación explícita sobre el asunto. Sin mucho preámbulo, ella planteó la cuestión con palabras entrecortadas. Expuso su propósito de que hubiese algo más y se permitió sugerir el día, el lugar y la hora. También, fue contundente con las condiciones: cero comentarios y protección total. No quería verse en el drama de su prima, a la que ahora se le notaba claramente una barriga precoz.

Unos cinco minutos antes de la hora acordada, se escuchó el ruidoso timbre. No hubo ni siquiera un beso de bienvenida. Apresurados, pasaron al dormitorio, como si se tratase de una misión contra reloj. Una serie interminable de caricias leves se mezclaron con los pasos que los llevaron hasta la cama. No hubo comentarios. Cada uno empezó a desnudarse por su lado, sin mirar siquiera, solo para no enfrentar el susto de aquello que se les hacía impostergable. La palidez de ambas pieles se había acentuado, manchada de una palidez de inseguridad y temor. Tenían todo lo necesario para culminar: una cama suave y limpia, dos cuerpos desnudos, una erección amenazante y una disposición de ella a sentirse habitada. Faltó, sin embargo, alguna mínima experiencia o, aunque fuese, una mínima expresión de tranquilidad para dejar que los instintos tomaran el control. Ella se tendió sobre la cama y él se le abalanzó con torpeza. En esa posición natural, no pudieron acomodarse para dar el paso definitivo. Tampoco se les ocurrió otra forma de acercar sus intimidades. Lo intentaron nuevamente, pero repitiendo posiciones. La angustia empezaba a ganarle a la excitación hasta que la mató por completo. Ambos conservaron la virginidad. Eso fue simplemente un accidente de la inmadurez, pero tuvo consecuencias nefastas sobre aquel noviazgo de primerizos. Pospusieron por mucho tiempo la iniciación, y fueron otras personas las que, a cada uno por su lado, los llevaron a deleitarse por primera vez en las mieles de la sexualidad total.

PASIONES DESFIGURADAS

Se había incorporado al grupo por algún impulso momentáneo, casi como siguiendo alguna curiosidad inconsciente. Adoptó una postura tranquila pero, en realidad, estaba sintiéndose protegida por el anonimato. No era ella quien estaba ahí, era simplemente una persona más, alguien sin nombre, alguien sin historia, algo así como el número inerte en un cuadro de estadísticas. Otras personas conversaban en grupos pequeños, bajando la voz, como si pretendiesen delimitar el viaje de sus palabras. Ella parecía deambular; sus pasos la llevaban sin orientación particular, sin permitirle compenetrarse con nadie. Pero su oído agudo estaba reconstruyendo en la mente cada una de las historias breves que los otros relataban. La palabra "autoestima" brotaba de los labios de tantos, y todos parecían repetirla como muletilla de meditación. Mientras caminaba, su mente también emprendía viajes de no muy claro significado.

Repentinamente se me hicieron confusos los sentimientos que me despierta su presencia. Es claro que hasta su ausencia parece ocupar un lugar en algún rincón de mi ser. Él ha sido como es. En realidad, no hay misterio alguno en su comportamiento. Yo, sin embargo, me he venido adaptando sin notarlo. He puesto mi sensibilidad a su disposición, escondiendo quizás todo lo que pudiese alterar mi felicidad casi real. He estado aturdida; aturdida en un enamoramiento refrescante, en una miopía protectora. Realmente, no es una simple miopía, sino un ejercicio mental inconsciente que esconde de mis ojos todo lo que pudiese no gustarme y que resalta esos detalles hermosos de los que me vuelvo dependiente. Y, sin embargo, la felicidad no ha sido total. Lo que pienso a veces es muy real, quizás demasiado, aunque mis actos parezcan demostrar lo contrario... También estoy convencida de que debemos enfocarnos. No hay duda: a veces perdemos la perspectiva, lo que somos parece diluido en un transcurrir sin mucho sentido. Yo lo dije y me parece que él lo repitió: debemos enfocar nuestra relación. Me lo repito sin palabras, yo quiero vivir enamorada, que mis pasiones se concentren en ti. Quiero vivir la vida plena, ausente de frustraciones, rencores y demandas descabelladas...

Repentinamente, su presencia se hizo sentir. Las miradas de muchos se concentraron en su rostro, aunque parecían evitarlo. Ella simplemente sonrió

con naturalidad, pero su respiración empezó a cambiar paulatinamente. Sin notarlo, se alejó despacio hacia el patio hermoso de aquel refugio paradisíaco.

Me dejo llevar por un truco incesante de mi mente. La turbiedad en mis reflexiones me obliga a resaltar la mosca en la hoja, y no todo lo bello que es la hoja misma. Estoy convencida de mi belleza, de lo que significa él para mí, de que mi alma se alimenta gustosa de esta relación especial... Lo único que desea mi alma, lo único que le pide a mi mente es que me deje la paz de los momentos bellos, y no la sensación confusa de lo que parece ambiguo. Me quedo a veces con la sensación de que es mejor cuando soy tu amiga y me abstraigo de ser tu pareja demandante. Es muy tranquilizante el reforzamiento de la amistad porque eso me libera de ese impulso por poseerte, de ese impulso por hacer desaparecer todo lo que pueda existir a tu alrededor, para que tu mundo solo sea yo...

No supo con claridad cómo llegó hasta el jardín. El césped parecía una colcha de infinitas motas verdes. Sentada sobre la alfombra natural, recuperó el ritmo pausado de su respiración. Se abrazó a sus rodillas y dejó que el aire puro la inundase con suavidad. La paz que se veía en su físico no se correspondía por completo con los indicios de una tormenta de sentimientos. Cada uno de sus órganos sufría la punzada de los miles de pedazos en que sus pensamientos parecían explotar.

¿De dónde viene esa forma de convertir mi deseo de tenerlo cerca, en una suerte de celos grotescos que más bien terminan por alejarlo? ¿De dónde esa trampa mortal mediante la cual el amor se transforma en deseo de posesión? Soy yo quien lo quiere junto a mí, pero soy yo quien, inconscientemente, hace muchas cosas tontas que ponen una barrera a mi alrededor... Y él, en su afán de protegerme, es cada vez más esquivo y misterioso, y provoca en mí una creciente incertidumbre... A veces no sé si me ama realmente o solo tiene una indestructible compasión que no le permite escurrirse de mí...

Un pequeño venado se le acercó desde la arboleda al final del jardín. El dócil animal acomodó su pequeña cabeza entre el hombro y el cuello de ella. A la distancia, se asemejaba a la ternura instintiva entre una criatura y su madre. Parecía inexplicable. Todo hacía creer que el joven mamífero domesticado la estuviese confundiendo con el ser que le dio la vida. Sentimientos inmensurables de ternura emanaban de aquella sencilla escena que se prolongaba como si el tiempo hubiese perdido su poder. La sensibilidad de ella simplemente se liberaba porque ella misma era ternura. No le implicaba esfuerzo alguno, ni siquiera distracción. Pero su mente seguía inquieta, dejándose llevar por esas circunstancias que desde tantos meses atrás la abrumaban.

No importa lo que realmente sea él. Lo que importa es que yo no siga permitiendo que mi amor se convierta en odio, que mi deseo se convierta en necesidad de posesión, que mi ternura se convierta en vulnerabilidad. Espero también que él tampoco confunda las cosas, que no se deje llevar por lo aparente y lo fácil, que su amabilidad no se convierta en un espacio de amoríos, que su racionalidad no se transfigure en un mecanismo de conquista, que su alegría no llegue a ser irresponsabilidad...

Ni siquiera pudo notar que varias personas se habían acercado para tomar fotografías. No se percató de que sus manos habían recibido al animalito asustadizo y le habían generado una seguridad inexplicable. Lo estaba abrazando con delicadeza, pronunciando palabras cortas que lo acogían sin limitación.

Él dice no tener nada que esconder y, sin embargo, no me cuenta nada. Yo, por supuesto, creo que no mencionar nada en absoluto es una señal inequívoca de que algo tiene que ocultar... Hoy vienes a mí con nuevas energías; es algo hermoso que de inmediato disfruto, pero he de confesar que, de alguna forma silenciosa, mi mente quiere traicionarme, haciéndome creer que su cariño repentino no es más que una forma de disculpa por algún pecado que me quiere ocultar. Pero no caeré en esa trampa. No dejaré que alguna debilidad de mi mente me siga llevando por el camino tortuoso de la desfiguración de mis pasiones...

Su abstracción no se perturbó ante los comentarios esporádicos de esas personas que disfrutaban la situación. Se estaba comunicando libremente con el cuadrúpedo, pero sin asumirlo como tal, sino como la manifestación purificada de alguien que seguía habitando su mente. Sus palabras brotaban entrecortadas de movimientos leves de los labios. Primero fueron susurros suaves, y luego una frase larga que nadie más que ella pudo comprender.

“Sabes que mi vida gira en torno a ti”, empezó diciendo, y siguió con un tono moderado y con un ritmo relajante que al animal frente a ella le sonaba como un susurro alentador, “muchas veces he escuchado que eso es un error, que la vida debe girar en torno a uno mismo. Amarse, sentirse plenamente uno. En mi caso ha sido muy diferente, me cuesta ver lo hermosa, tierna y cariñosa que soy. Y me he aferrado a algo externo que eres tú. Por eso se me hace un mundo cuando suceden cosas entre nosotros. A veces quiero huir y lanzarme en un mar de vivencias y nostalgias pasajeras. Pero, cuando te tengo cerca, persiste la convicción de que juntos somos mejores, de que me complementas y de que yo te hago feliz”.

Después de algunos minutos el venado se alejó. Ella aceptó el apoyo de alguien que la ayudó a ponerse de pie. Con tranquilidad saludó a cada uno estrechando sus manos con energía. A cada persona le decía orgullosa su nombre, en medio de una sonrisa desbordante. Al alejarse, dejó tras de sí muchas de las inseguridades y avanzó hacia su casa sabiendo que, a partir de aquel momento, todo sería mejor.

DE NUEVO A CASA

A veces, me convengo de que el destino está definitivamente escrito, solo que con frases entrecortadas que hay que saber interpretar, y cuando uno no es capaz de entender esas extrañas simbologías, va topándose la vida como a tropezones, sin darle un proceso de formación satisfactorio. Por eso creo que encontrarla en el bus fue cosa del destino, pero creo también que el mismo destino me había dado antes muchas oportunidades, mas por querer dejarlo todo en sus manos, nunca las supe aprovechar. Estaba sobria, pero algún pensamiento inquietante parecía generar en ella un vacío inexplicable. Me acerqué sin notarla, hasta que las vibraciones de mis instintos fueron definitivas, y entonces mi mirada buscó casi mecánicamente, y se encontró con ese rostro absorto y sediento de algo especial. Dos años sin percibir ese tipo de energía que algún día nos unió, y en mí no había ya rasgo alguno de la posibilidad de palparla de nuevo. Para ser sincero, el lugar que ocupaba en mi memoria la primera imagen que me formé de ella, era ya casi imperceptible, y si alguna vez la ponía en mi mente, era solo como una persona más. Y, sin embargo, para eso existe el destino, pues justo ese día mi carro dejó de funcionar a mitad del camino, y no sin alguna leve maldición, lo dejé con el mecánico, para apresurarme a tomar un taxi que nunca apareció. Por eso traté de tomar el bus, pero por mi acostumbrado despiste, no observé bien el nombre de la ruta y subí en uno equivocado. Y así nos encontramos, como si hubiera sido imposible evitarlo. Entonces me acerqué a ella y, sin ninguna intención explícita, la saludé casi como a una desconocida. Y como desconocida contestó, sin que por su mente pasara en los primeros instantes el recuerdo de una aventura truncada por la cotidianeidad. Fue necesario recurrir, entonces, a algunas de sus propias frases, y al sentarme junto a ella, las repetí como tiradas al aire, y por supuesto, ella las reconoció.

“El amor no es más que la mezcla exacta de sabiduría y sensibilidad, que nos hace meternos en nosotros mismos para permitirnos escoger lo que en verdad vale la pena, y construirlo en el acto mismo de hacer la felicidad de quienes amamos. El problema es que, cuando llegamos ahí, algo mucho más pequeño empieza a hacernos exigir una contraparte, y en ese juego perverso de regateos, retrocedemos en el corto camino avanzado, sin permitir que el amor sea más que una efímera ilusión”.

Esta vez sonrió casi calurosamente, y como sin pensarlo, tomó mi mano y la besó con ternura. Poco a poco, mezcló sus caricias en mis manos con el jugo de sus sentimientos que, de manera silenciosa, empezó a escurrirse más allá de su maquillaje. Y yo, sin pretender explicármelo con palabras, me sentí identificado con ese dolor abstracto que siempre la caracterizó.

“He vagado por el mundo buscando sin ningún objetivo fijo, y ahora me termino de convencer de que es algo que nunca supe administrar. Sin aceptarlo explícitamente, quise poner siempre límites porque el temor al sufrimiento fue mucho más poderoso que mi filosofía del amor. Tuve la posibilidad de entregarme plenamente, tal como siempre prediqué, pero solo di mi tiempo y una pequeña parte de lo que me gusta de mí. Siempre así, en muy pequeñas dosis, como temiendo que el uso de mis sentimientos llegara a herrumbrarme. Siempre de la forma que me gustaba, pues eran otros los que necesitaban de mí, y yo era capaz de captar alguna felicidad, mientras satisfacía sus instintos. Y luego apareciste tú, cualquiera diría que uno más, pero con una diferencia inconfundible: por alguna razón extraña, no pediste nada y estuviste junto a mí rebatiendo mis ideas y dejando que el tiempo y mis caprichos definieran cada circunstancia; casi como sin necesidad, casi como aceptando que la vida va, con nosotros o sin nosotros; y no me detuviste. Me dejaste ir sin recriminarme nada, mientras yo, rechazando rotundamente mi idea de necesitar, aposté por mi independencia y me alejé en silencio, para refugiarme en el estrecho mundo de mi soledad...”

Un largo silencio se entreveró con las caricias y, cuando el bus se detuvo, juntos caminamos hacia el bosque, dejándonos llevar por las rutas del pasado, pero en una ciudad que ahora nos parecía desconocida. Mientras tanto, mis cavilaciones me llevaron a palpar un nuevo temor pues, por alguna arraigada convicción, preferí detenerme un momento, y después de besarla con ternura, le mostré con mis gestos el anillo dorado de mis limitaciones sociales. Sin dejar de mirarme a los ojos, lo tomó despacio y lo colocó en su billetera, y ahí, cobijados por la sombra oscura de los sentimientos rejuvenecidos, terminamos de vivir lo que por mucho tiempo había estado suspendido.

Esa tarde, como temiendo que el destino tomara un rumbo diferente, cerré temprano la oficina y me fui a casa directamente, sin recoger siquiera el auto. Cuando llegué, ella ya estaba ahí, y sin pronunciar palabra alguna se acercó despacio, y desnuda de preocupaciones, se entregó completa, generando ese ambiente exquisito de un amor profundo. Mi anillo estaba en la mesa junto al suyo y, sobre ambos, una planta hermosa que empezaba a retoñar.

PEQUEÑO EN EL TIEMPO

Había caminado cientos de veces por aquella acera descongestionada pero, incomprensiblemente, no recordaba ninguno de sus detalles, ni siquiera rasgos sobresalientes de los viejos edificios a su alrededor. Desde varios meses atrás, hice mía la costumbre de deambular por la ciudad a media mañana. Masticaba parte de la merienda y, luego, me entregaba a una marcha sin rumbo. Como siempre me sucede, no recuerdo mucho sobre mis cavilaciones en aquellas interminables caminatas. De tantos días cruzando la ciudad en inesperadas direcciones, solo me queda un firme recuerdo de alguien a quien empecé percibiendo casi de forma accidental.

A dos cuadras de la iglesia, había una pequeña tienda de antigüedades. En varias ocasiones, mis pasos perdidos me llevaron a esa singular esquina. Algún rasgo, quizás no físico, sino más bien energético de la pequeña tienda, acabó por colmar paulatinamente mi atención. El efecto que causaba era leve, pero una vez que despertaba mi sensibilidad, se apoderaba de mis emociones. Tardé varios días en dilucidar el motivo de tan placenteras sensaciones. Inicialmente, lo asocié con alguno de los artículos exóticos que se exhibían sin orden aparente. Así que, en las siguientes visitas, me concentré en cada uno de los objetos llamativos, sin encontrar en ellos la fuente de tan deliciosas vibraciones. La mujer de la tienda me recibía amablemente, aunque había terminado por convencerse de que ni de lejos me convertiría en un comprador, ni siquiera potencial. En sus gestos parecía dibujarse la simpatía de que algún visitante asumiera su reducido local como un museo viviente. Cuando ya estaba terminando por analizar la totalidad de los artículos, incluso de los que fueron llegando en las pocas semanas que visité el lugar, descubrí repentinamente la fuente inconfundible de la atracción de todos mis sentidos. Era una pequeña fotografía tipo pasaporte, en la que la mirada más dulce que pudiese imaginar se diluía exquisitamente en los rasgos de una personalidad fuerte, pero a la vez tierna y de gran inteligencia. La fotografía no mostraba más que el rostro, en el que también resaltaba una boca hermosa, con labios medianamente pronunciados de gran sensualidad, y un cabello ondulado y suelto que la bañaba de un espíritu de libertad.

Después de algunos minutos de absorta contemplación, la dependiente me dirigió la palabra por primera vez en tantas visitas. Con una sonrisa expresiva

me dijo: "Es hermosa, ¿verdad? Supongo que en las tardes, cuando ella está de turno en el trabajo, viene usted también a visitarnos".

Solo entonces me percaté de que todas mis visitas habían sido en las mañanas. Respondí casi sin palabras que no la había conocido y ella, sabiendo más sobre mí que lo que yo había sido capaz de comprender, agregó que desde la primera vez había notado que mi presencia en la tienda se debía a una atracción exquisita que causaban esa fotografía y las energías positivas que su dueña emanaba, pero que seguramente yo no sabía explicar por qué.

"No hay duda", le comenté, "pero solo en este momento he logrado descubrirlo, ¿cómo ha sabido usted adivinarlo?". Solamente sonrió y, después de algunos segundos, respondió: "En ella ha sucedido algo similar, claro que nunca lo ha observado, es solo que, los días que usted se acerca, ella percibe algo especial en los objetos que usted ha inspeccionado...".

Salí confundido, despidiéndome apenas con una leve sonrisa. Mi mente se hizo insuficiente para explicar ese extraño placer, así que decidí no pensar al respecto. Simplemente, me distraje caminando sin rumbo, hasta que tres campanazos en la iglesia indicaron la posibilidad de una nueva visita al lugar. Sin pensarlo, compré un pequeño ramo de rosas y me dirigí a la tienda con la certeza de que algo que nunca había buscado aparecería repentinamente para hacerme sentir mejor.

No fue necesario ningún tipo de presentación. Solamente nos miramos y nuestros ojos reconocieron en el otro lo que las fuerzas energéticas se habían encargado de hacer nacer. Las rosas quedaron junto a la pequeña fotografía. Nuestros rostros se acercaron lentamente por una fracción de segundo. Y así, pequeño en el tiempo, un cálido beso se convirtió en un manto enorme de emociones que me impregnaron de una paz inagotable y de inquebrantables deseos de vivir.

SOBRE LAS FLORES BLANCAS

Se vino despacito, como haciendo colochos en el aire, hasta que cayó en la arboleda y dejó de moverse por unos instantes. Y a pesar de que estaba tan lindo, tuve que pegarle un flechazo, y correr rapidísimo a juntarlo antes de que el olor a sangre despertara las ansias de los perros, a quienes tuve que eludir para que no me arrebataran la carne fresquecita.

Ya con el plumaje ensangrentado en las manos, corrí por el sendero de los apurados, y en medio bosque mezclé el caldo rojizo con el brebaje de especies, hasta que tomó el color marrón de la mierda levemente asoleada. Me lo restregué bien por la llaga, y aunque me ardía como los diablos, no dejé de hacerlo hasta que se escurrió la última gota.

Y estaba yo tendido con las nalgas peladas para que se secase la herida, cuando escuché un ruidito constante de pasos cautelosos que se acercaban sin parar. Aún sin poder mirar, me pareció adivinar, en el ruido de las hojas secas, esos pasitos delicados de la rubia hermosa que de mil maneras se apoderaba de mis pensamientos. Entonces, mi mente volvió a entregarse a la idea de conquistarla, sin que fuera como siempre una decisión idiota de Reinaldo, ese grandulón desvergonzado que se había adueñado de mi destino. Soñaba con que me diera un sí de esos que se leen en la sonrisa, y no uno de esos que se leen en el temor.

El ruidito de los pasos se detuvo muy cerca de mí. La vi sin que me notara, y ya no me quedó la menor duda de que la casualidad me acercó a sus dominios. A unos quince metros se recostó en un árbol inmenso, y como no vio a nadie en su rápida inspección, procedió a escurrirse en su ropa, hasta quedar tan desnuda que la blancura de sus senos se confundió con las flores silvestres que de cama le sirvieron. Yo no podía comprender, así que en silencio me quedé mirando. Sus manos se escondieron entre las gruesas piernas y ahí ocultas, empezaron a extraer un concierto de gemidos que me hicieron enloquecer. Se retorció en silencio, aplastando las florecitas y deslizando su mano con un movimiento espontáneo, desde la humedad de su vientre hasta la empinada fragancia de sus pezones.

Yo permanecí en silencio, casi sin respirar, como queriendo maldecir la hora en que me patearon tanto, hasta dejar mi trasero ensangrentado, pues me

avergonzaba de antemano de la más leve posibilidad de que me descubriera así, con una dignidad insuficiente como para mostrarle mis pretensiones.

Luego, palideció y, como adolorida del placer que la inundaba, dejó que sus deseos terminaran en gritos ahogados de pasión. Entonces, su rostro transfigurado empezó a ser de nuevo el de la niña tierna que siempre conocí, y despacio, muy despacio, se acomodó su vestimenta y se alejó de nuevo de mi ansiedad.

Magnificando mi clarísima estupidez, corrí como desesperado para contárselo a Reinaldo. Por supuesto, él no lo podía creer, así que me hizo callar. Pero días después, cuando esperábamos juntos la salida del colegio para vender despistadamente los cigarros de marihuana, con palabras bastante grotescas, le gritó de acera a acera lo que yo mismo relaté. Y lo peor es que era cierto, pues día a día la venía observando y chupaba luego su sabor en las flores blancas hasta terminar depositando sobre ellas el jugo de mi masturbación.

Por supuesto nunca me dio un sí, y nunca volvió a adentrarse al bosque para sus deleites. Pero yo, casi disciplinadamente, seguí esperándola cada tarde, como queriendo mostrarle algo que nunca supe ser.

CERCANÍA

Seis kilómetros en la oscuridad pantanosa. Miles de pasos sin ritmo estable porque tantos obstáculos naturales lo impiden. Esa lluvia tormentosa sería desalentadora en otros momentos. Ese barro en el trillo imperceptible parecería insorteable en circunstancias normales. Ha tenido que renunciar al calzado porque, en varias ocasiones, se quedó hundido en la suavidad pegajosa de la tierra saturada de lluvia. Renunció a protegerse del agua que lo empapaba desde arriba porque su impermeable se había partido ruidosamente al quedar enganchado de una rama repentina. Ha pensado en esa posibilidad y por eso carga una camisa seca para más tarde. Está guardada en la bolsa plástica de transparencia degradada. Ahí, junto a la libreta que atesora la secuencia garabateada de números de esperanza.

Pasaron ya ocho días desde la última incursión a ese remedo de pueblo. No hay mucho más que ese pequeño almacén-cantina, y lo más valioso para él: el aparato colgante que le permite la comunicación. Llega imbuido en la oscuridad absoluta. El grito pertinaz de los perros no lo altera. Sabe que tendrá que soportarlos hasta que alguna voz se apiade y les exija silencio. Eso no ocurre tan fácilmente. Es solo cuando está dentro del almacén que surge la voz aguda; cualquiera diría que femenina, pero no es algo que se pueda adivinar. Esa voz que él reconoce, esa que lo saluda y le ofrece una silla alta para sentarse junto al bar. No hay mucho intercambio de frases. Solo las necesarias y repetitivas. Él pide espacio para secarse un poco y usar su otra vestimenta. Minutos después, disfruta de una sopa restauradora. Queda tiempo suficiente para un trago de aguardiente, que siempre acepta como preventivo de resfríos. Los pocos bombillos apenas si dejan distinguir las siluetas de los poquísimos clientes que, dada la estrechez del lugar, terminan compartiendo una misma conversación. Son las siete y treinta, la hora pactada para la comunicación. Él se desprende del grupo y solicita la llamada. Para no repetir el número, muestra la libreta. Pero es inútil porque nadie más podría descifrar su grotesca caligrafía.

Tres timbrazos sonoros que se le incrustan en su sistema nervioso. El primero lo despierta de las penurias de la caminata. El segundo le acelera la respiración. El tercero le llena las venas con mayor rapidez. Una voz

innegablemente dulce contesta un "hola", que a él le parece alentador. Después del "hola", que él responde, ella también lo reconoce.

–¿Cómo estás? –pregunta sincera la voz femenina.

–Por aquí, muy bien... Acabo de terminar de cenar una buena sopa – responde la voz casi agitada del hombre.

Hay algo que ambos perciben en las primeras palabras. Saben que se están aproximando, que están rompiendo algún tipo de barreras que, probablemente, nunca existieron.

–¿Tuviste problemas para llegar al teléfono? –pregunta ella sin siquiera imaginar las peripecias de la travesía.

–Pues no mucho –responde él, sabiendo que podría soportar mucho más a cambio de un momento como ese.

Se habían conocido algunos meses atrás, pero nunca notaron esas energías que los impulsaban a un acercamiento casi impostergable. Intercambiaron solamente frases construidas porque, sinceramente, no imaginaron esa mutua atracción. Fue la primera vez que sus voces se entrecruzaron por teléfono cuando los signos se hicieron evidentes. Fue prácticamente accidental que ella contestara el teléfono de la oficina de su compañera, solo porque pasaba por ahí mientras la otra se servía un café. Fue una conversación corta, pero cargada de sensaciones nuevas. De alguna forma, avanzaron hasta el intercambio de saludos calurosos y de números personales que, en el caso de él, no eran útiles la mayor parte del año, mientras se desempeñaba como biólogo en la profundidad de la selva virgen. Pero habían convenido en la apertura a una llamada personal cualquier fin de semana, mientras él tuviera los medios técnicos para hacerlo.

–Por fin, pude salir un poco más temprano aunque, como siempre, se me hizo de noche... Pero, en todo caso, pude salir a tomar algo hoy –dice él, ya generando un ambiente de mayor relajación.

–¿De veras?, ¡qué bueno! Espero que puedas compartir con algunos amigos unas buenas cervezas... Bueno, cervezas o algo más –expresó ella con naturalidad.

Para él la conversación es alentadora. Siente que las palabras de ella le despiertan miles de sensaciones que parecían haberse petrificado en la soledad de la selva. No se siente, sin embargo, del todo seguro de lo que en realidad pasa por la mente de ella, de lo que en realidad significan las frases que para él se convierten en una invitación placentera.

–Sí, tal vez llegue alguien conocido... Me encantaría que pudieras acompañarme comenta él porque, en realidad, no pudo contenerse.

–Pero ni modo –se lamenta ella–, estoy muy lejos.

El percibe en esa frase un grado de complicidad animadora. De alguna forma impensada, la conversación parece abrir mucho más espacio de lo que él pudo haber imaginado. Persiste la duda del alcance real de las palabras femeninas, pero él se da la libertad de soñarlas como si tuviesen el significado que él mismo les hubiese dado al pronunciarlas para ella.

–Bueno, pero es algo más en la lista de pendientes para cuando yo regrese –menciona inseguro.

–Sí, es cierto. –Pero ella deja la frase como en el vacío.

Así que él sale al rescate de la calidez, alejándose, precisamente, de lo que parecía comprometerla, quizás por los avances demasiado precipitados. Quiere cultivar un mayor grado de emociones mutuas, pero percibe el riesgo de que todo más bien se desvirtúe. Se le hace imposible conocer con claridad el terreno en que se mueve porque ella parece querer dosificar todas las señales de aliento.

–Hace dos días, empecé a escribir algo... En realidad, fue saliendo así nomás, casi como sin pensarlo mucho, pero será de gran utilidad –indica él, desviando la atención de lo que percibía como un avance riesgoso.

–Si de alguna forma puedes, y lo crees útil, sería bueno que lo envíes por correo electrónico –sugiere ella, sin imaginar que solo se trataba de un montón de notas en las hojas rayadas del cuaderno.

Para no evidenciar que ella no ha logrado ubicarse por completo en la imposibilidad de acceso a esas tecnologías en el medio de la selva, él simplemente la imagina pensando en que él pronto estará de nuevo en la ciudad. Sin proponérselo, se autogenera nuevos mecanismos de aliento, aunque estos se fundamentan en una situación completamente basada en jugarretas de su mente y no en señales sólidas que ella hubiese querido explicitar.

–Pero me gustaría que me dieras algún tema para escribir algo más ameno, algo que no sea sobre el montón de bichos que me he propuesto investigar.

–Bien –acepta ella desde el auricular–. Voy a pensar qué se me ocurre.

–Me parece que debe ser algo espontáneo, sin pensarlo mucho –opina él.

–Lo que escribiste el otro día te quedó muy bonito..., aunque no encontré la relación conmigo.

–No la tiene directamente –confiesa el hombre– pero lo importante es que comunicarme contigo me inspiró... Y, ya ves, algo pude escribir.

En ese momento, él sueña con una frase de ella que le dé evidencia de la complicidad, de que las emociones que en él se despiertan tienen un referente similar en ella. Pero la respuesta no es todo lo alentadora que él hubiese esperado. Es un simple "ok, me parece bien", que a él le parece como un mecanismo de frenar el ritmo de avance que parecía estarse consolidando. A pesar de esa confusa sensación, no da la batalla por perdida. Retoma la calidez del diálogo insistiendo en lo que le parece un terreno de altísima fertilidad.

–Sí, solo que cuando escribí eso, no me dio tiempo de pensar –reconoce él de nuevo–. Solo escribí y salió eso.

–A mí me sorprendió, me parece que fue inspiración.

Piensa en insistir con el tema. Se le ocurre repetir algo así como "ya te digo, tú me inspiras", pero se detiene, como presintiendo que era demasiado. Y, sin embargo, le sale algo mucho más atrevido:

–¿Ya pensaste en algo emocionante, en algo que sirva para escribir una historia para ti?

–No, aún no –responde ella como sin tono.

Repentinamente, él recuerda que ella no necesariamente tiene las condiciones como para una conversación un poco más atrevida.

–¿Estás solita por ahí? –pregunta con timidez.

–No –contesta ella como dando señales de precaución

–Sí, ya veo –afirma él sin acento–, ¿pero puedo seguir tranquilo?

El "sí" que ella pronuncia le parece una invitación. Repentinamente, su palpitación se acelera por unos segundos. Lo que se le viene a la mente es lanzarse con una declaración atropellada, como para dejar manifiesto de una buena vez un irresistible interés por ella. Pero, justo cuando inicia su frase, logra contenerse.

–Ok, ya que me inhibe un poco que no estés sola– dice comedidamente.

–Sí, ya veo.

–¿No debería ser así? –pregunta, aunque de inmediato se arrepiente de ser insistente.

–¿Preguntas? –se oye la voz femenina.

–Sí, pregunto –asegura él, retomando la confianza.

–Yo creo que no.

–Es que saberte sola lo convierte en nuestro secreto, y eso le da mucha emoción –se atreve él a decir, aunque le parece riesgoso.

–Si tu lo dices –apunta ella, como dando una señal ambigua.

–Bueno, ya veo que para ti no es emocionante –afirma él como significando lo contrario.

–Yo no dije eso.

–Entonces, ¿qué dices?

–Que si te emociona, está bien.

–Pero sería mejor si a ti te emociona también –indica él bajando el tono.

–Está bien –confiesa ella inesperadamente–. Me emociona... ¿lo querías escuchar?

–Sí, claro que quería saber –reafirma él–. Eso le agrega más emoción...

Así la conversación llega a una especie de éxtasis. Él no tiene fuerzas para seguir siendo atrevido. De repente, se siente inseguro y cansado, así que su subconsciente lo lleva a generar una estrategia defensiva y se desvía del tema.

–¿Cómo sigue tu tranquilidad? –pregunta él como si se tratase de una nueva conversación.

–Muy bien hoy –responde ella.

–Me alegra... Creo que hoy se percibe un poco mejor que hace unos días.

–¿De veras lo percibes?

–Sí, claro, lo percibo –contesta él sabiendo que no miente.

Una breve pausa en el flujo de las palabras le hace oír la respiración de ella. No es que la escuche en realidad, sino que se le antoja pensarla como pidiendo un poco más de intimidad en la conversación. Así que se lanza a un juego de frases comprometedoras.

–¿Te acuerdas un día que te robé energías acariciando tu cabeza? –pregunta él obstaculizando la prudencia.

–Sí, me acuerdo.

–Desde ese día, se me grabó ese tipo de energías... Están entre la dulzura y la tranquilidad. –Y, después de una breve pausa, agrega–: Me gustaría mucho que la próxima vez no sean robadas.

–No me las robaste –afirma ella extrañada–, ¿o sí?

–Bueno, no sé –agrega él–. Yo las tomé y me parece que te dio gusto regalarlas.

–Siempre me gusta hacer a la gente feliz.

–Con eso me hiciste muy feliz –confiesa él inevitablemente y sigue preguntando–: ¿Te acuerdas, también, de la primera vez que nos abrazamos como por accidente?

–No exactamente –dice ella.

Esa respuesta le parece a él como una estrategia para bajar el tono intenso que venía tomando la conversación. Pero no quiere aceptar las señales de prudencia y se permite insistir un poco más.

–No nos teníamos mucha confianza, y de pronto todo cambió... sentí tu sintonía como parte de la mía- dice cambiando de tono.

–Ah, bueno, eso es cierto. Al principio no nos teníamos confianza del todo –confiesa ella con un tono que a él le suena inspirador.

–Sí, pero por alguna razón, nos abrazamos en un saludo y todo cambió.

–Sí, es cierto –continúa confesando ella, mientras él ve fortalecida su confianza.

–¿Ya ves cómo percibo las cosas poco a poco? –agrega la voz masculina.

–Sí, estoy viendo –contesta ella y luego se hace un silencio.

Un nuevo ciclo de la conversación parece llegar a su fin. Ambos, aunque un poco cansados, no quieren suspender la llamada. Algo vendrá a sus imaginaciones, alguna frase para llenar un aparente bache de silencio. Son pocos segundos sin palabras. Una pausa quizás justificada, pero no contundente como para dar por acabado el diálogo.

–¿Qué tipo de energías sentiste cuando acaricié tu cabeza? –pregunta él, pero sin esperanza de escuchar algo halagador.

–No lo sé, no soy tan perceptiva como tú.

–¿O sea que no sentiste nada?

–Yo no dije eso.

–¿Entonces?

–A lo que me refería es a que no sé qué tipo de energías fueron.

–Entonces, ¿qué sentiste?

–Energías –se atreve a decir ella, aunque bajando el volumen de su voz.

Esta vez los segundos de silencio se tornan coloridos. Percibe de nuevo la respiración y, casi seguro de sí mismo, construye una frase directa.

–¿Te confieso algo? –y, sin dar espacio a una respuesta, agrega–: Ahora se me antoja mucho acariciar de nuevo tu cabeza.

–¿En serio?

–Sí, claro, ¿qué te parece?

–Está bien.

–Bueno, pongámoslo en la lista de pendientes.

–Me parece bien.

–Eso me emociona mucho, ¿a ti no?

–Sí, también –afirma ella, pero no se atreve a manifestar nada más.

En este punto cree tener claro que ya no hay mucho que perder. Siente haber avanzado y, sin embargo, no tiene la certeza de que las cosas estén del todo definidas. En las afirmaciones de ella, encuentra algún tono ambiguo, algún pequeño detalle que no lo deja conforme.

–¿Qué tal si combinamos el abrazo con las caricias en tu cabeza? –dice, entonces, apostando todo.

–Ya veremos, ¿te parece?

Aunque inconforme, acepta el planteamiento. Lo que en realidad quiere es escuchar una afirmación contundente, pero en este punto ya se ha convencido de que ella no se la brindará. Debe continuar, entonces, con algún grado de incertidumbre.

–Pero lo voy a dejar como algo no tan pegado del cielo –insiste para no dar todo por acabado.

–Bueno, un abrazo no está pegado al cielo.

–¿Ya ves que no? Me parece alentador.

–¿De veras?

–Sí, claro, ¿a ti no?

–Sí –dice ella, pero de nuevo parece tragarse alguna frase complementaria, aunque agrega una pregunta–: ¿Por qué hoy estás tan expresivo? ¿O me parece a mí?

–No sé, me siento un poco más libre que antes.

–Sí, lo estoy notando.

–¿Qué te parece?

–Que hoy me tienes más confianza que la última vez.

–¿Y te gusta eso? –pregunta él con toda la esperanza de recibir una señal definitiva.

–Bueno, a lo que me refiero es que hay más confianza en general.

–Sí, sí, a mí me gusta que desarrollemos más confianza.

–Sí, a mí también.

–Bueno –comenta él convencido–, creo que depende de ambos ir construyendo esa confianza.

–Sí, creo lo mismo.

La mente del hombre se carga de un entusiasmo genuino. No se atreve a hacer una declaración explícita, pero adivina en las circunstancias una sutil invitación hacia lo que parece anhelar.

–Gracias –agrega en un tono suave–. Hoy me siento mucho más feliz, me hace muy bien comunicarme contigo.

–¿Sí? Eso es bueno escucharlo.

–Bueno, así es... Me provoca un estado general de bienestar.

–¡Qué bueno! –expresa ella y, sin embargo, su tono suena irregular.

Una nueva pausa, y la conversación se dirige a frases sin contenido. Ya se percibe la hora de la despedida. Para él todo ha sido encantador. Se convence de que el interés es mutuo, pero duda aún de los alcances, de lo posible. Nota en ella interés, pero no sabe medir el grado del entusiasmo. Nunca se ha sentido inseguro como ahora. Nunca ha sido tan precavido en sus avances. Pero ahora las circunstancias lo inhiben un poco.

–Bien –inicia él la despedida–, de verdad tengo que irme... Recibe un abrazo muy cálido.

Y, aunque lo piensa, no lo convierte en palabras “y un poquito prolongado”.

–Ok, un beso, chao.

La lluvia sigue arrancando ruidos constantes a la noche. Todo parece vibrar ante la arremetida de goterones consistentes. Él avanza de nuevo en medio del lodazal, satisfecho por lo que se le antoja adivinar de la conversación, pero con sed de aniquilar toda ambigüedad. “La próxima semana le preguntaré directamente”, piensa, mientras esquiva una rama atravesada en el camino.

DEJARTE

–¡¡No más!!

–¿No más?

–Sí, simplemente no más.

–No entiendo.

–No hay nada que entender.

–¿Cómo que no?

La tarde había empezado a extinguirse. Desde afuera se distinguían las dos siluetas erguidas: una femenina, muy delgada y sexy, la otra más bien robusta. La conversación parecía haberse desarrollado a borbotones, con amplios espacios intermedios de un silencio casi sepulcral. Una nutrida manada de aves escandalosas sobrevolaban los alrededores de la cabaña, haciendo un ruido intenso que, de alguna manera, se cruzaba arrítmicamente con las palabras femeninas cargadas de dolor.

–¿Cómo que no? –repitió él. –Luego se le acercó por la espalda para desprenderse de sus dudas y explicaciones.

–No sé qué es lo que te viene molestando –continuó.

Ella siguió mirando por la ventana, como si sus oídos no se viesen penetrados por aquellas palabras tantas veces escuchadas.

–Para mí todo sigue igual –siguió él después de una nueva pausa.

Su voz empezaba a sonar hueca, como desquebrajándose en la tonalidad de las sílabas. A ella se le hacía difícil creer aquellos argumentos trillados, pero se le hacía más difícil aceptar que había dejado de confiar él. Uno de los ruidosos pericos se había desprendido de la manada y había atraído la atención de la mujer. Ese alejamiento de la conversación generó una reacción agresiva en él.

–¡Maldición! –gritó el hombre con un enojo inaceptable–. ¿Por qué no podés escucharme? ¿Cuántas veces tendré que repetir que no es un engaño, que estoy cambiando completamente?

Ella no se dejó intimidar por el tono grosero. Ya muy poco le importaban las palabras.

–No más –dijo pausadamente.

Con pasos cortos y muy lentos, se dirigió a la puerta principal; abrió despacio y, antes de salir, se detuvo justo bajo el marco. Lo miró fijamente y agregó sin acento:

–No más.

Una vez afuera, empezó a caminar sin rumbo, sin ritmo, sin preocupación. La tarde seguía tiñéndose de un impactante color rojizo que brotaba del hundimiento del sol en la línea ambigua del horizonte.

ESPACIOS EN BLANCO

Un día desbaratado en cientos de momentos sin ninguna trascendencia. Horas y horas esperando un momento único que quizás pudiese llegar. Respiro profundo, como olfateando en el aire algo que edifique un instante digno de recordar. Pero no sucede nada. Y, sin embargo, estoy impregnado de algún tipo de satisfacción. Hacia atrás en este cúmulo de circunstancias, está esa vivencia gratificante con olor a ti; está tu sonrisa contundente y tu mirada haciendo una diagonal con el mundo de las ilusiones; está una caricia inversa, que sale de mí, pero que, al chocar con tu piel, se devuelve llena de susurros maravillosos. Hay, también, una nave blanca de risas espontáneas; una canción con hermosa letra que nunca pude escuchar, y el movimiento rítmico de tus caderas, que dibuja en el aire una figura firme y abstracta, que mi alma descifra en un lenguaje de múltiples colores. Se percibe también el color a ti, a tus gotitas cristalinas que dan la textura a este mundo de realidades impensables. Sonrío, como lo hice en aquel momento antiguo, disfrutando tu presencia en recuerdos sin fechas específicas. Hacia adelante hay también algo que hace soportar la pesadez de lo intrascendente. La ilusión de un nuevo momento contigo, y dibujar tu contorno; la esperanza de una aventura junto a ti, y compartir lo que sea que pudiésemos hacer: un café, una caminata, una plática, una simple sonrisa mutua. Hay, entonces, energías que se acumulan para generar el esplendor de lo que ha de suceder y matices que tiñen de esperanza la lejanía de un futuro que no se sabe si habrá de existir. En el medio queda, sin embargo, la crueldad de esos espacios en que nada sucede, esos que no son ni los momentos del pasado, de lo ya vivido, ni el bosquejo de lo que habremos de compartir. Son espacios vacíos que algunas veces se saturan de recuerdos, solo para no caer en la inanición sentimental; pero que, la mayoría de veces, son simplemente espacios en blanco, en los que mi vida se convierte en un mero transcurrir.

DE NUEVO, EL BAÚL

Aquel puñado de lágrimas ni siquiera alcanzó para humedecer la tersa piel de sus mejillas. Esta vez no le extrañó su amplísima capacidad de aniquilar casi de inmediato el dolor agudo de una despedida anunciada. Simplemente, fijó su mirada en la silueta fornida que se alejaba paso a paso, desdibujándose paulatinamente en la nebulosa película de su miopía.

¿Cuántos años han pasado?, ¿cuántas ilusiones se me han oxidado mientras el sudor de mi cuerpo refresca apenas como a sorbos intermitentes mis frágiles deseos de explorar esa sensualidad adormecida? Solo agradezco que mi espíritu no haya caído en esa especie de letargo. Aunque siendo sincera conmigo misma, he de confesar que ya no sé distinguir si toda mi vida se basa en una estrategia cotidiana de supervivencia, fundamentada en una actitud indiferente, o quizás combativa, hacia todo cuanto podría hacerme perder el control de los sentimientos.

Por alguna razón, para ella inexplicable en aquel confuso momento, sintió un deseo incontenible de tomar un prolongado baño. Con alguna minuciosidad preparó cada detalle, comprobando reiteradamente la temperatura del agua y la mezcla exacta de aquella fragancia dulce y seca que reservaba para especialísimas ocasiones. Su cuerpo desnudo se cobijó lentamente con el agua tibia. Pero antes de que la espumosa cosquillosa despertase por completo las células de sus más íntimos rincones, su mente ya se había dado a la tarea de reprimir el placer, apoyándose como siempre en la estrategia inconsciente de atiborrarse del recuerdo acongojante de cientos de tareas sin concluir. En aquel momento, sin embargo, la sed de cariño se le hacía incontenible. Y aunque cierta ansiedad le manchaba ese momento de merecidísima tranquilidad, alguna fuerza para ella desconocida le impedía huir de ese lecho húmedo y refrescante.

¿Quién podrá entenderlo?, ¿quién, aunque lo entienda, podrá darme la razón? Él no supo dármela; él, ¿cómo decirlo?, él insistió en tratar de despertarme, mientras yo seguía inquebrantable, casi como cumpliendo alguna promesa que inconscientemente adopté y que fui practicando hasta convertirla en la ruta misma de mi vida. Él me acariciaba de una forma irresistible, despertando cada célula de mi cuerpo, pero repentinamente yo insistía en mi discurso, quizás trillado, y así cambiaba de actitud, hasta

matar hasta el deseo más inocente de cariño. No sé si realmente era cuestión de tiempo para que en el ardor de la pasión me entregase a él de forma definitiva. Yo comprendo su frustración. En eso soy especialista: en rescatar frustraciones porque, incluso las circunstancias más emotivas, se me convierten en ese dolorcito persistente que ahoga toda capacidad de entusiasmo. Se lo escuché tantas veces, como si se tratara de un sermón premeditado. No recuerdo exactamente las palabras, pero el mensaje siempre fue el mismo. Con delicadeza me acusó de escasas energías para vivir con pasión. Hasta se atrevió a cuestionar mi religiosidad como un esquema de rutinaria descarga de pecados nunca consumados; como una forma de aceptar mis propios temores, autopreviniéndome de vivir libremente como para escudarme de la posibilidad de algún rasgo de dolor futuro. A mí, sin embargo, empieza a surgirme una explicación mucho más amarga: no he sido educada para vivir a plenitud y el escudo impermeable que rodea mi corazón no podrá ser eliminado hasta que de alguna forma aprenda por mí misma a vivir en la inestabilidad de la pasión...

En realidad, no estaba asustada; no estaba a la defensiva como su compañero afirmaba, ni quería refugiarse en una coraza impenetrable que protegiese su corazón de alguna sensibilidad comprometedora. Se trataba de algo mucho más complejo y escondido en algún rincón inaccesible del inconsciente. Él quiso comprender esa situación, pero no tuvo la capacidad de mantener la imparcialidad porque su amor por ella dependía por completo del estímulo cotidiano de la reciprocidad. No fue capaz de aceptar esa relación en la que él entregaba toda su alma y su cuerpo, casi como espantando hasta cualquier pensamiento que enturbiara la unión plena, mientras que a cambio solo sentía una entrega incompleta y frágil, maleable hasta por las mínimas obligaciones que podrían posponerse hasta el olvido. Ya lo había comentado en innumerables ocasiones, insistiendo siempre en la necesidad de percibir el mundo con todos los sentidos y, mucho más, con el alma misma, sin reducirlo a esa perspectiva turbia y falsa que permite el estoicismo. Una vez hasta lo argumentó en forma grosera: "Si quieres razonamiento puro, límitate a los resultados tontos que te dará tu computador y recuerda que esa maquina electrónica no es capaz de sentir placer, ni pasión, ni sensibilidad".

En el agua tibia, las burbujas seguían un ritmo estable de pequeñas explosiones. Sus manos se movían suavemente sobre la superficie del agua espumosa, jugueteando desprevenidas con el oleaje diminuto que ellas mismas provocaban.

¡Dejarme llevar! No es posible que todo su raciocinio se base en esa frase sin contenido. Dejarme llevar para él sonaba como un gran cambio en mi

filosofía de la vida, pero para mí no era más que una entrega pasajera y estúpida a esos placeres superfluos que no me llevarían más que a lamentaciones irremediables. ¡Sexo! Ni siquiera lo pidió, pero de alguna forma todas sus actitudes me empujaban a eso y, si no sucedió nada, fue porque siempre supe evitarlo. Estúpido sonará, pero el orgullo de haberlo evitado se me confunde con una frustración amarga de deseos reprimidos. Bueno, él insistió que en mi caso ni siquiera podía hablarse de deseos reprimidos porque yo no he sido capaz de desear. En eso sí falló por completo: no pudo notar el dolor agudo escondido en esa forma hipócrita de palidecer mis deseos. Mi boca dice no, pero mi sangre me empuja presurosa a deseos irracionales. No es que no exista en mí ese cosquilleo irresistible, es simplemente que puede más ese monosílabo grotesco de negación: ¡no, no!, como atendiendo a un impulso mecánico de unos labios desconectados por completo de mi sensibilidad encarcelada, pero amarrados a un temor abstracto de mostrar mi calidez.

Después de algunos minutos, un cosquilleo desconocido despertó paulatinamente la ramificación confusa de su sensibilidad. Alguna embriaguez espontánea anuló en forma definitiva el fluir desordenado de pensamientos y preocupaciones. Sin notarlo, se vio sumergida en una refrescante y relajadora excitación. El poder incontenible de los instintos se apoderó de los movimientos involuntarios de sus manos, guiándolas en una exploración musicalizada de escondidos fragmentos de su propia anatomía. Ahí, donde las electrizantes yemas de los dedos transitaban, se generaba una explosión voraz de sensaciones. Y, por primera vez en muchísimos años, la contracción placentera de su feminidad fue simultáneamente un orgasmo del raciocinio. Lo mejor, sin embargo, fue la satisfacción espiritual, que se multiplicó en una autoestima revitalizada y en un entusiasmo de fronteras inexistentes.

EL DESAHOGO

Era la tercera vez que el teléfono timbraba. En cada ocasión fui capaz de reconocer de antemano que mis oídos no se topaban con el timbre dulce e inspirador de su voz. Mi apego hacia ella venía creciendo y, pausadamente, se fue generando una amistad especial. El teléfono era uno de esos aliados incondicionales, pues me daba la oportunidad de recurrir a ella en numerosas ocasiones. Esta vez, sin embargo, parecía que algo se había deteriorado. Por la mañana, dejé un cortísimo mensaje en su contestadora, pidiéndole que devolviese la llamada. No me entusiasmé al primer timbrado, pues mi sensibilidad se percató de que no sería su llamada. Algo similar sucedió con las siguientes dos llamadas. Sabía, eso sí, que tarde o temprano la escucharía mediante ese aparato encantador. Tal certeza se confundía con una extraña incertidumbre sobre lo que en realidad quería plantearle. Es claro que no tenía tema en especial ni motivo justificante para llamarla. Había, entonces, un impulso más bien irracional que me empujaba. La posibilidad de estremecerme con el timbre de su voz era quizás un motivo mucho más que suficiente.

He de manifestar algo que ella difícilmente admitiría: aunque leve y disimulada, existía una seductora complicidad de su parte. No era obvia porque ella se permitía ocultar cada detalle comprometedor, rodeándolo de un imperceptible juego de señales de doble sentido. Pero yo lograba leer entre líneas esa disposición solapada de provocación. Sin duda alguna, era un lenguaje complicado. Yo hubiese preferido algo más transparente, pero tenía que conformarme con adivinar esa complicidad escondida. De alguna forma, se las arreglaba para alimentar mi deseo y mi necesidad de aproximarme. Y, simultáneamente, se las arreglaba para mantenerme lo suficientemente lejos, como si mi cercanía se le volviese insoportable o, quizás, demasiado atractiva. Era un juego cautivador en el que ninguna estrategia para acelerar el ritmo de los acercamientos parecía funcionar. Me generaba una sensación incontenible, y justo cuando me acercaba tratando de obtener algunas migajas de cariño, ella tendía un muro imposible. Entonces, yo me alejaba dolido, casi como prometiéndome no volver a intentarlo. Pero, en pocas horas, ella dejaba entrever alguna señal alentadora y el círculo se prolongaba, formando una espiral de esperanza en la cual yo, paulatina y solapadamente, me permitía cada vez algo más atrevido.

Al final, pude reconocer en el timbre la certeza de su llamada. Contesté con fingida naturalidad, pero se me estremecían las entrañas, cargadas de una ansiedad deliciosa. Un "hola" aparentemente común sonó a través del audífono. Y, luego, el mecánico "¿cómo estás?" parecía cargado de un acento especial. No recuerdo bien la conversación porque me concentré en percibir los rasgos delicados de cada sensación que despertó en muchos rincones de mi cuerpo sediento. No podría afirmar que se tratase de una excitación total, pero sí de un deseo creciente de acurrucarme en su ternura inalcanzable. No podía manifestarle mis deseos porque temía una reacción contraproducente. Así que me alivié en palabras ambiguas. Ella parecía seguirme la corriente, pero no de forma directa, sino de una manera solapada, como siguiendo las reglas inconclusas de un juego sin final. Dardos de energía se me clavaron en el pecho, hasta que un impulso incontenible me llevó a plantearle una invitación a cenar. A las ocho en punto pasaría por ella y, mientras tanto, me permitiría soñarla sin ninguna restricción.

Nunca me he considerado un hombre talentoso y, mucho menos, atractivo. Tampoco podría afirmar que soy un conocedor de la mente femenina. Pero esta vez recibí algún tipo de inspiración que me llevó por el camino de la sabiduría. Soñarla fue mi lema y aproveché cada minuto de la tarde que nos separaba para imaginarla en las más seductoras circunstancias. Soñarla, y en la mente hacerla real, al punto extremo de llegar a sentir su aliento quebradizo y percibir su piel en la oscuridad de mis deseos. Le fui infiel con su propia imagen, sacando al descubierto miles de sus rasgos que ella no me permitió explorar. La amé, aunque no a lo que había tenido acceso, sino a todo lo que nunca vendría. Mis manos pudieron ser aún más suaves que las suyas, y un racimo de uvas se convirtió en sus labios exploradores.

A las ocho y tres minutos, le hice saber desde mi teléfono que me tomaría diez minutos más llegar a su sitio. No pareció molestarle, aunque hizo la insinuación de que prefería no esperar mucho más. Claro está que todavía no había terminado con todos los detalles que las mujeres repasan una y otra vez hasta sentirse listas para salir. Pero supe que el hecho de poder hacerme esperar me hacía un poco más interesante y aliviaba mi imagen de esa aburrida previsibilidad.

Aquella noche el brillo de sus ojos era especialmente impactante. Sus labios, pintados de un rojo apenas perceptible, hacían brotar su sensualidad. Bella, bella y sensual, como si de veras quisiese mostrarse, como si tuviese la intención de impresionarme hasta la demencia. Casi lo logró. Si no lo hizo, fue porque mi mente estaba agotada de tanto soñarla. Jamás llegaría a la belleza y ternura que le impregné en mi soñar. Y aun así, el mínimo roce

de su mejilla contra la mía en el saludo mecanizado me hizo percatarme de que todo era real, hasta el gesto de indiferencia ante mis miradas insinuadoras. Y, sin embargo, para ella la batalla estaba perdida porque jamás podría competir contra la perfección de mi sueño. En ese ejercicio de imaginarla, yo había desahogado cualquier deseo carnal, y ahora me sentía libre de deseos de tenerla. Eso fue, quizás, lo nuevo que notó en mí; eso fue lo que la hizo saber que yo no estaría incondicionalmente, que me había empezado a perder.

PENSAR DESNUDO

Hay algún tipo de pensamientos que solo brotan en medio de la desnudez total, cuando el cuerpo se desprende de los harapos y cuando el espíritu se deshace de la vestimenta turbia que provocan los sentimientos encontrados. Ese tipo de desnudez no le llegaba a Jacinto desde muchos años atrás porque, cuando se desprendía de cuanta prenda tuviese encima, se dejaba cubrir por un manto sucio de miles de contradicciones irresolutas. En muchas ocasiones, se sorprendió a sí mismo ausente de su cuerpo, justo cuando se desbordaba en besos y caricias a un cuerpo ajeno que, ocasionalmente, se le entregaba como un regalo probablemente inmerecido. A duras penas lograba terminar su faena, pero la sensación de vacío se apoderaba de su ser por muchos días. Recurría, entonces, al artificio de la ausencia, alejándose de cualquier indicio de vida social. Estar ausente en medio de todos los que lo rodeaban no era una tarea sencilla, por eso, en cientos de ocasiones, terminaba malhumorado o enfermo, y otras veces, recurría al exceso de trabajo, inventando múltiples tareas para cubrir cualquier espacio vacío. No faltaron momentos en que la sensación de ausencia fue tan poderosa que llegó a sentir que ya nada valía la pena, que el destino había confabulado contra su ser, y que la única salida era dejarse arrastrar por la depresión absoluta hasta el límite de las consecuencias.

Una tarde, cuando estaba sumido en lo más absurdo de la cotidianidad, surgió un chispazo diferente que empezó a abrir un sendero con nuevos matices. Un "hola" casi neutral surgió en su pantalla proveniente de Marcela, esa chica que tantas veces había visto, pero a quien, en realidad, nunca le puso suficiente atención, precisamente porque estaba en uno de esos bajonazos en los que prefería la clandestinidad. Respondió con otro "hola" más bien insípido, producto de una reacción impensada. Después de algunas frases sin mucho contenido, Marcela pareció tomar confianza e insinuó la posibilidad de un café. Esa frase desató algo extraordinario en Jacinto porque vino tan repentina que, de alguna forma, sonaba a insinuación. No lo era en realidad, pero su mente oxidada se sintió lubricada repentinamente y pudo generar algunas frases motivadoras que terminaron de abrir la posibilidad de aquel encuentro. Algo se transformó dentro de sí. El chateo siguió, con grandes pausas intermedias, porque cada uno seguía en sus tareas detrás del computador. Jacinto se levantó un rato y buscó

algo que tomar. En otra pausa, decidió rasurarse. Una pausa más, y abrió el espacio para una ducha rápida. Al final, terminó vestido y despidiéndose con un “voy a despejarme un rato, después hablamos más”. Cerró todos los programas y apagó el computador. En su motocicleta empezó a deambular sin rumbo preestablecido. Las ráfagas de brisa leve le acariciaban el rostro y sus ojos lagrimeaban desordenadamente como respuesta al frío que se colaba detrás de los anteojos de sol.

Una mujer abstracta se le dibujó en la mente. Descubrió en ella los rasgos de todas las personas a quienes alguna vez respetó. Pero, de igual forma, se dio cuenta, como por un impulso reflejo, que mucho de lo peor de sí provenía de su incapacidad para abrir su corazón. Al ritmo de la marcha por las calles desconocidas, quiso reflexionar sobre el estado patético en que estaba, y de cómo el brillo, que alguna vez una pareja aportó a su vida, lo había acercado a la parte más linda de sí mismo. Los pensamientos se le volvían engañosos en esas circunstancias, y por eso prefería recurrir a algunas frases que se le habían quedado impregnadas como un recordatorio que salía a flote cada vez que no podía llegar a sus propias conclusiones. Le molestaba saber con quién en particular había generado ese diálogo refrescante, o si más bien lo había generado su imaginación como un mecanismo para sacarlo a flote en lo peor de la tempestad.

Creo que los dos nos hemos ayudado mucho a ver lo lindo de la vida y lo genial en que se convierte cuando se comparten pequeños momentos intensos; eres definitivamente la persona adecuada.

Se repitió la frase varias veces hasta que se fue pintando de color a piel y se fue impregnando de un olor particular que era solo de ella, esa persona a quien alguna vez trató de olvidar, como si nunca hubiese existido, pero que seguía capturando gran parte de su corazón.

Tienes razón. La suerte es haber encontrado a la persona adecuada; lo valiente ha sido impulsar cosas con esa persona a pesar de las circunstancias; lo sabio ha sido vivirlas en el marco de la profundidad total.

Más lágrimas agrídulces recorrieron sus mejillas. Todo lo vivido fue profundo y había dejado una huella rotunda; con ella aprendió a desprenderse de las circunstancias para ser parte de un amor integral, cargado quizás de una visión de momentos que ella insistía en recalcar, mientras él apostaba a un compromiso que fuera capaz de sobrevivir más allá de la imaginación y de la suerte inmanejable de lo espontáneo.

Grandes enseñanzas va dejando la vida y, a cada paso, nos damos cuenta de que existe aún mucho más por vivir y descubrir; gracias por formar parte de momentos lindísimos en mi vida.

Su lamento era en doble dirección: por no comprender eso de una relación basada en momentos, y por tratar de resolver las diferencias con la razón, aplastando, de alguna manera, los sentimientos más definitivos. La dejó ir solo por el temor de que algún día se fuera, como si sufriendo por anticipado, pudiese amainar el desgarramiento profundo de su corazón. Era claro que, si sus recuerdos llegaban hasta esa frase, su raciocinio seguiría reclamándole la torpeza de dejarla ir. Por eso se esforzó por recordar una frase más, esa que vino a sus recuerdos mucho tiempo después, cuando las heridas ya no bloquearon su reflexión.

Gracias a ti porque con tu mente abierta y tus energías frescas has hecho que la vida tome este rumbo delicioso; gracias por impregnar mis venas de un nuevo tipo de vitalidad, y mi corazón de esta forma fresca de amar sin poseer.

Jacinto, desnudo ya de sus rencores, se repitió silenciosamente esa frase, una y otra vez, hasta que la irritación con que inició su caminata desordenada terminó por ceder. Ya con cierto grado de tranquilidad, reconoció el parquecito al que había llegado y trazó mentalmente la ruta para regresar. Avanzó sin prisa, disfrutando de una brisa lenta que pintaba en su rostro cientos de caricias desordenadas. Más tarde, en la tibia soledad de su tina, el recuerdo fundamental y definitivo terminó de vitalizar su corazón:

Estarás en mí, aun cuando me marche; aprendí ese amor a brazos abiertos, ese que se disfruta ahí, en los rincones compartidos y en los pensamientos mutuos, en los recuerdos edificados entre los dos; aprendí a disfrutar tu sonrisa, tu felicidad, a llenarme de ti sin que yo sea dueño de tu tiempo, de tu ser, sin que pueda monopolizar la exquisitez de tu existir; estarás en mí porque tu alma ha besado la mía y ya es imposible volver atrás.

SIN TEMORES

Cruzó la calle rápidamente. No se veía en los alrededores a persona alguna, pero sentía como si su propia sombra estuviese siendo pisoteada por algún perseguidor invisible. Al llegar a la esquina, se detuvo repentinamente. Con un movimiento impredecible, se volteó casi por completo, y en una mirada instantánea, abarcó más allá de los límites de la imaginación. No había nadie, pero la sensación de inseguridad seguía perturbándola. Sus manos seguían húmedas, con ese olor a hierro o a herrumbre que se desprende de las máquinas del gimnasio. No lo había notado aún, pero su mochila venía semiabierta. Cargaba ahí varios libros, sus pantalones y zapatos. Para no atravesar aquel pasadizo solitario en la penumbra, decidió posponer la ducha y dársela más bien en su apartamento, donde podía combinarla con una corta sesión de relajamiento bajo el agua tibia. Ahí se permitiría, también, disfrutar de la luz vacilante de un par de velas aromáticas. Al final, se aplicaría en todo su cuerpo esa crema suave y humectante con que terminaba el proceso de relajación.

No se puede afirmar que disfrutase, ni siquiera un poco, del dolor en casi toda la musculatura, pero unas puntaditas casi constantes le dejaban una viva satisfacción. Fueron varios meses sin hacer más ejercicio que los doscientos y pico de pasos desde la casa a la parada de buses, más otro tanto de regreso. De repente, las ganas de ejercitarse pudieron más que ese sinfín de excusas que siempre le hacían posponer la reincorporación a las rutinas del gimnasio. Esa tarde oscura se decidió y, para no dejar ninguna duda, regresó precisamente a su antiguo gimnasio, a aquel en que de verdad los instructores se esmeraban por despertar cada uno de los músculos, hasta esos de los que ella no tenía información de su existencia. Con profesionalismo le habían diseñado rutinas que no dejaban nada por fuera, ningún rinconcito se quedaba adormecido, y ninguno se eximía al día siguiente de algún tipo de dolor.

En esa selección del gimnasio, favorecía también la risible experiencia que tuvo al tratar de cambiar. Apenas unos días antes, se había dejado llevar por uno de esos impulsos inaguantables y se matriculó en el nuevo local, mucho más cercano a su barrio. Pero solo aguantó una sola visita. En medio de ese público desconocido, se sintió acosada no porque nadie le hiciera

alguna manifestación explícita, sino porque sentía como si su cuerpo fuese el foco único de decenas de miradas. No era para menos. Aquel grupo de camioneros no se parecían en mucho a los universitarios y universitarias del otro local. Aquellos hombres parecían duros de verdad y, aunque cada uno se concentraba en su propia rutina, no eran pocas las carcajadas grotescas o las expresiones desconcertantes. Lo más insoportable fue el tipo velludo que, con su camisa de tirantes y sus *jeans* apretados, parecía más bien estar modelando para una revista de caricaturas. Increíble cómo con una faja tan ancha y una hebilla de metal tan grotesca pudiera alguien atreverse a ir al gimnasio. Ridículas también las botas vaqueras, al menos en ese escenario de acondicionamiento físico, y ridículos los pujidos escandalosos tras cada repetición de ejercicios.

Así que se justificaba la decepción por aquel lugar. Un intento fallido que solo logró acrecentar la ansiedad y esa insatisfacción casi inmortal por los insignificantes "rollitos" en la cintura. Esa misma ansiedad fue la que la llevó a su nueva incursión. Ni siquiera tuvo que recurrir a la autoterapia. Fue un impulso incontenible que pudo más que los antiguos temores a transitar por el sendero escondido. Ni siquiera se preguntó cómo evitar ese sendero, simplemente dio por hecho que de alguna forma lo enfrentaría.

Aún no estaba del todo oscuro. Su sombra se dibujaba indecisa, como reflejando la agonía de la tarde. El sendero se le había hecho más solitario que nunca, y ahora estaba casi paralizada en la esquina, justo donde normalmente circulaban muchísimas personas. Esa tarde parecía tener alguna característica especial. Sin gente, el silencio de la calle perturbaba la paz. Con esa luz tan tenue, el brillo de las pesadillas parecía sobresalir. Ella sentía el impulso de enfrentar su temor de una vez por todas; de internarse en la soledad de sus miedos para aniquilarlos justo con lo que se acrecentaban: con oscuridad y silencio. Como un distractor se asomaban excusas viejas, enfocadas más bien al tema del gimnasio. Se vio a sí misma siendo empujada por alguna parte de su ser a dejar las máquinas y ejercicios, a largarse sin explicaciones, sucumbiendo ante la tentación de un prolongado descanso. Se visualizaba excediéndose en el consumo, especialmente de chocolates rellenos. Su visión se convertía en pesadilla cuando se veía rellena; cuando su cintura se cargaba más y más de su propia carne, creciendo a un ritmo inimaginable.

Sin pretenderlo, esos pensamientos de agonía la llevaron a superar su temor fundamental. Consumida por completo en esas preocupaciones, se adentró de nuevo en el sendero, cada vez más oscuro y solitario. Lo recorrió la primera vez como sosteniéndose de los arbustos. Después, se volvió como identificando sus propios pasos, esta vez un poco más al centro del

estrecho camino. Llegó al extremo y se dio vuelta nuevamente. Y así, una y otra vez, hasta que diez campanazos de alguna iglesia cercana retumbaron en su mente perturbada.

No logró reconstruir los hechos hasta que el agua tibia la abrazó por completo. Dejó que el líquido exquisito le despertara cada milímetro de su piel. También dejó que sus manos se movieran en los más íntimos escondites, y así, entregada a un placer indescriptible, destruyó, al menos en aquellos momentos, cualquier indicio de ansiedad y de temor.

Acerca de la autora

Jeffrey Orozco Barrantes

E-mail: jeffrey.orozco@gmail.com

Nació en Costa Rica, en San Ramón de Alajuela, “la ciudad de los poetas”, en 1964. Desde muy joven ha tenido el impulso de escribir, por lo que ha ido combinando la producción artística con la labor intelectual en el área de la economía. Como parte de su trabajo, tuvo la oportunidad de viajar a distintos países y ciudades, lo que le permitió conocer distintas formas de asumir la vida. Ha escrito varios cuentos, poesías y ensayos.



Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.